9790

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMATICA.

LA ROSA Y EL PENSAMIENTO.



PUNTOS DE VENTA:

MADRID: Librería de *Cuesta*, calle de Carretas.
PROVINCIAS: En casa de los comisionados de la Administracion.

14

CATALOGO

DE LAS OBRAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

ZARZUELAS.

DE UN ACTO.

Donde las dan las toman. L. y M.
El estreno de una artista, L.
El Vizconde, M.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cabaña, L. M.
Los dos ciegos, M.
Mentir á tiempo. L.
Por conquista, M.
Un Caballero particular, M.
Una tempestad en América, L. y M.

DE DOS ACTOS.

Bethy, L. y M.
El Marqués de Caravaca, L. y M.
El robo de las Sabinas, M.
Todos locos, L. y M.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

Amar sin conocer, M.
D. Crispin y la Comadre, L. y M.
D. Procópio, L. y M.
El Diablo en el poder, M.
El Esclavo, M.
El hijo del Regimiento, L. y M.
El Planeta Venus, L.
El Relámpago, M.
El Sargento Federico, M.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, L.
Fra-Diávolo, L. y M.
Galanteos en Venecia, M.
Jugar con fuego, L. y M.
La Cantinera de los Alpes, L. y M.
La Cisterna encantada, L.
La Espada de Bernardo, M.
La Giralda, L. y M.
La Loca de Edimburgo, L. y M.
La Maga, L. y M.
La Sirena, L. M.
Los Diamantes de la corona, M.
Los Expósitos, L. y M.
Los Mosqueteros de la Reina, L. y M
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, M.

De las obras que van marcadas con la inicial M, *pertenece solo la músi[ca] á esta Administracion, y las que llevan* L *y* M *corresponden á la misma libreto y la la música.*

LA ROSA Y EL PENSAMIENTO.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/larosayelpensami562vega

LA ROSA Y EL PENSAMIENTO.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.



MADRID.—1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

calle de Pelayo, núm. 26.

PERSONAS.

TORRALBA, *comerciante retirado.*
EL CONDE, *senador.*
EL BARON, *sobrino del Conde.*
ALBERTO, *subteniente.*
ELENA, *hermana de Torralba.*
CAROLINA, *hija mayor de Torralba.*
ROSA, *hija menor.*
UN CRIADO.

El primer acto pasa en una casa de campo de Torralba, cerca de Madrid.—El segundo y tercero en Madrid.

Esta obra es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.
Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

ACTO PRIMERO.

Una sala: puerta en el foro, y puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA.—ELENA.—ROSA.—TORRALBA.—*Las tres señoras están sentadas á la derecha al rededor de un velador, haciendo labor.—Torralba está sentado á la izquierda en un confidente, repasando varios periódicos.*

ROSA. Papá, cuándo acaba usted de leer eso?

TOR. Cuándo acabo? Si estoy en la segunda plana.

ROSA. Hace ya una hora!

TOR. Crees tú que un artículo de fondo se lee así no más? Solo para entenderlo necesita uno... La política es cosa intrincada!

ELENA. Ahora te ha dado por ahí!

TOR. Es claro: ahora que soy rico, que vivo de mis rentas, quiero instruirme, quiero figurar. He pasado treinta años de mi vida sin pensar en otra cosa que en mis trigos y en mis aceites... sin sospechar siquiera que habia en el mundo ciencias, artes, letras...

ELENA. Y maldita la falta que te han hecho, hermano, para llenarte de talegas, que es la ambicion exclusiva de los seres materiales como tú.

TOR. Eso no es cierto. Tengo dinero: tengo fincas en Madrid: tengo esta magnífica posesion á dos leguas de la Córte, donde venimos á pasar los veranos: puedo dar un millon de dote á cada una de mis hijas. A otros no les bastaria esto: querrian atesorar más: yo no: yo estoy contento; y en prueba de ello, ves que me he retirado del comercio.

677606

ELENA. Y ahora quieres hacerte sábio!

ROSA. Bien, ya lo será usted... poquito á poco. (*Levantándose y quitándole los periódicos.*)—Basta por hoy; deje usted estos papelotes y vamos á hablar.

TOR. Pero hija...

ELENA. (*Levantándose.*) Esta, como no se esté siempre charlando!...

ROSA. Mejor es que no estar dando á cada paso un suspiro!... y levantando los ojos al cielo!... como mi tia...

ELENA. Niña!

ROSA. O tenerlos siempre clavados en el suelo, como mi hermana, con la labor en la mano... y sin trabajar.

CAROL. (*Volviendo en sí y levantándose.*) Yo!

ROSA. Gracias á Dios! Esta es la primera palabra que pronuncias en toda la mañana!

CAROL. Rosa!

ELENA. Es mucha chiquilla!

ROSA. Chiquilla! Chiquilla!—Tengo diez y seis años, tia: tres menos que Carolina; y veinticinco menos que usted.

ELENA. A qué viene eso?

ROSA. Y sin embargo, puede que me salga un novio ántes que á ustedes.

ELENA. Novio !—Pensando en eso ya !

ROSA. Toma! Tambien usted piensa en eso todavía.

TOR. (*Riendo.*) Es verdad !... es verdad !

CAROL. Vamos, Rosa!

ROSA. Nada, nada : no hay que tener miedo. Tú te casarás primero : te cedo el paso, porque eres la mayor ; pero despáchate.

ELENA. Presumida!

TOR. (*Tomando del brazo á sus dos hijas.*) Si, hijas mias: es preciso pensar en estableceros. Primero á tí. (*Por Carolina.*) Si se presenta un hombre... de caudal... y sobre todo de posicion social...

ROSA. Eso, eso !

CAROL. Ah ! De posicion social !

TOR. Por supuesto: sin esa condicion...

ROSA. Claro está!

TOR. Un marido que te haga brillar en la Córte.

ELEÑA. Qué tonterías les estás diciendo! Ellas no piensan todavía más que en corretear por la huerta y pasar la noche valsando con Alberto.

ROSA. Mucho que sí; pero lo uno no quita á lo otro.

TOR. Y á propósito: dónde anda Alberto, que no le he visto en toda la mañana?—Pobre chico! Me da pena verle tan triste! No es extraño: la pérdida reciente de su madre... Y aunque siempre que está de guarnicion en Madrid me lo traigo á casa, y lo miramos como á uno de la familia...

ROSA. Oh! y si viera usted, papá, qué bien baila el vals!—No es verdad, Carolina?

CAROL. Eh? qué decias?

ROSA. Sobre todo, cuando baila con esta.

CAROL. Conmigo!

ROSA. Sí: haceis los dos un grupo tan bonito! (*Valsando.*) Carolina va así, mire usted... apoyada en él... con una actitud tan lánguida, tan graciosa!

CAROL. Calla, calla!...

ROSA. Es que tambien yo os llevo muy bien el compás. Y no tú, que cuando nos acompañas te embrollas y nos pierdes.

CAROL. No es cierto!

ROSA. Vaya!

TOR. (*Riendo.*) Qué chicas!...

ELENA. Mire usted qué formalidad de novias!

ROSA. Oh! aquí le tenemos!

CAROL. El es!

ESCENA II.

Dichos.—ALBERTO.

Alberto trae en la mano una rosa y un pensamiento.

ROSA. Llega usted á tiempo, Alberto: estábamos hablando de usted... de nuestros valses.—Ea, yo voy al piano... dé usted un par de vueltas con mi hermana, para que vea papá...

CAROL. (*Retirándose.*) Estás loca!...

TOR. Oh! Rosa es una entusiasta de tu habilidad en el baile! Aquí nos ha estado ponderando...

ALBERT. De veras!

TOR. Y de dónde vienes, perdido, que nadie te ha visto hoy?

ALBERT. (*Con intencion, mirando á Rosa.*) Efectivamente, hoy no he visto hasta ahora... á ninguno de ustedes!

ROSA. Y qué bonitas flores trae!

ALBERT. (*Disimulando.*) Las he cortado para us... para ustedes, señoritas.

ELENA. (*Con despecho.*) (Pues!)

ROSA. Yo me muero por las rosas... y es la que elijo.

ALBERT. Como tocaya. Entonces, mi pobre pensamiento será para Carolina.

CAROL. Gracias! Oh! es flor que me gusta mucho!

ELENA. Pues á mí no... ni las rosas tampoco.

ROSA. (*A Alberto.*) (Por qué no le ha traido usted á ella?—Qué distraccion!)

TOR. Soberbias flores! Oh! está mi jardin hermoso!

ALBERT. No: no son de su jardin de usted.—Son de Madrid... del jardin del Conde.

ELENA. Ha ido usted á Madrid?... á casa del Conde?

ALBERT. Sí, señora.

TOR. Has visto al Conde?

ALBERT. Sí, señor: le habia hecho una recomendacion, y he ido á saber... Me ha encargado que le diga á usted que vendrá hoy á hacerle una visita á su quinta.

ELENA. (Esto es hecho!)

ALBERT. Que quería hablarle á usted de un asunto muy importante.

TOR. Muy importante!

ALBERT. Sí, señor.

ELENA. (No hay duda!)

ROSA. Ay! qué colorada se ha puesto mi tia!

ELENA. Yo, niña!

TOR. Pues no caigo!...

ALBERT. (*A Rosa.*) (Es preciso qne hablemos.)

ROSA. Eh?

ALBERT. (*Mirando á Carolina.*) Carolina... Rosa... no damos hoy nuestro paseo por la huerta?

ROSA. Sí, sí!

ELENA. No, señor: viene á vernos el Conde, y teneis que vestiros para recibirle.

TOR. Es verdad! ya podeis iros al tocador.

CAROL. Bien, papá.

ROSA. Buenas estamos así... para el Conde.

ELENA. Cómo es eso?

ROSA. Ya se vé. Para un hombre de su edad...

ELENA. De su edad! de su edad!... Un hombre de cuarenta años... que apenas representa... unos treinta y nueve.

ROSA. Ah! yo creí que tenia más.—Y en fin, Conde!... Qué bien suena!... A mí me gusta mucho el título de Conde!

TOR. Y además Senador... y hombre de mucha influencia en el gobierno. No hacen nada sin consultarle.

ALBERT. Ah! y le prevengo á usted que vendrá con su sobrino.

TOR. Qué sobrino?

ALBERT. Uno que le ha llegado de Galicia... ya talludito... y gran cazador... con una voz muy ronca de gritar á los perros.

TOR. No le he visto nunca en su casa.

ALBERT. Si ha llegado este verano.

TOR. Carolina?

CAROL. Papá?

TOR. Ea, corre, hija, dí á Pascual que ponga la mesa... que saque jamon...

ELENA. Que ponga Burdeos y Champagne...

TOR. Que coja fruta en la huerta... de la mejor!

ALBERT. (*A Rosa.*) (La espero á usted aquí.)

ROSA. (Bien: si puedo...) (*Se va con Carolina.*)

TOR. Y tú, Alberto, anda, hijo, díle al jardinero que limpie aquello bien, y que haga correr la fuente.

ALBERT. Voy. (Se quedan aquí!) (*Váse.*)

ESCENA III.

TORRALBA.—ELENA.

ELENA. Estoy turbada!
TOR. Hermana, qué me dices?
ELENA. Qué me dices tú, hermano?
TOR. El Conde viene á visitarnos!...
ELENA. Parece que sí.
TOR. Y qué asunto de importancia será ese que quiere tratar conmigo?
ELENA. Dí con nosotros.
TOR. Contigo tambien?
ELENA. Se entiende.
TOR. Hola! Y por qué supones?...
ELENA. No es suposicion: lo sé!
TOR. Es posible! Cuéntame, cuéntame... Quién te ha dicho?...
ELENA. Quién? Sus miradas... sus tiernas insinuaciones... y este... (*Señalando el corazon.*) este que no me engaña jamás!
TOR. Hablas de veras?
ELENA. Pues no has notado, hombre, no has notado durante el invierno, siempre que hemos asistido á sus reuniones, qué deshacerse en cumplidos así que llegábamos, qué llevarnos del brazo á la sala del té; qué sentarse á mi lado, y repetirme á cada paso: Oh! amable Elena: yo cuento con que el voto de usted no me será contrario si algun dia me aventuro á solicitar... pues!...
TOR. Eso te ha dicho!
ELENA. Y otras mil frases alegóricas por el estilo, que no me han dejado dudar acerca de su intencion.
TOR. Vaya, me alegro!... Al cabo y al fin, hermana, se te logra...
ELENA. Tú allá, metido en el ecarté, nada observas...
TOR. Vamos, vamos, te vas á dar un tono!
ELENA. Pues y tú! No se te caerá de la boca: porque mi hermana la Condesa... porque mi hermano el Conde...
TOR. Oh! y que cuento con su influjo para cierta cosa que deseo...

ELENA. Cuál? dímelo.

TOR. Ya... ya hablaremos. Voy á mudarme de corbata... á ponerme un frac... Y tú, Elena, bueno será que tambien...

ELENA. Para qué?... Me atusaré un poco... me pondré una flor...

TOR. Pues vamos, ántes que se nos encaje, y..... (*Vánse por distintos lados.*)

ESCENA IV.

ALBERTO.—*En seguida* ROSA.

ALBERT. (*Asoma por el foro.*) Gracias á Dios!

ROSA. (*Asomándose por la derecha.*) Está usted solo?

ALBERT. Ah! es usted!

ROSA. Yo misma. Me dijo usted que deseaba hablarme, con un tono tan afligido, que no he querido faltar... Y ya puede usted agradecérmelo!... Para venir pronto he tenido que vestirme á escape.

ALBERT. No se conoce!

ROSA. De veras? Estoy bien?

ALBERT. Divina!

ROSA. Pues no sé cómo!... porque con la prisa...

ALBERT. Con la prisa... ha olvidado usted una cosa.

ROSA. Cuál?

ALBERT. La rosa que eligió usted ántes.

ROSA. No la he olvidado; sino que... no casa bien con este adorno.

ALBERT. Ah!... lo mira usted como cuestion de coquetería?

ROSA. Vaya, si despues de quedarme á medio vestir por llegar pronto, no vengo aquí más que á oir regaños, me vuelvo á marchar: lo entiende usted?

ALBERT. No, no! perdon!... no se vaya usted! (*Deteniéndola.*) Tenia necesidad de verla á usted... de hablarla!... Porque esta mañana no la he visto á usted á la hora de costumbre.

ROSA. No ha sido culpa mia.

ALBERT. De veras?

ROSA. Yo no debia decirle á usted esto.

ALBERT. Ah! sí!... dígamelo usted... necesito oirlo!... he pasado un rato cruel!... Dos horas mortales al pie de la ventana...

ROSA. Ya sabia yo que estaba usted allí.

ALBERT. Lo sabia usted!... á pesar de no verme?... Se lo decia á usted el corazon?...

ROSA. El corazon... el corazon!...—Me lo decia... el saber que se pone usted allí todos los dias á la misma hora. Pero esta mañana, cuando me levanté, ya hacia una hora que estaba Carolina junto á la ventana haciendo labor... de manera que no hubiera podido mirarle á usted sino por encima de su cabeza, empinándome... así... Y eso es sumamente incómodo!

ALBERT. Pues yo creí ver su linda mano de usted levantando un pico de la cortina.

ROSA. Ay! qué ilusion!

ALBERT. Entonces tampoco veria usted el beso que la envié desde abajo?

ROSA. Sí?—Pues nada, no llegó á mí.

ALBERT. Por fin, temeroso de que alguien me viera, me salí del jardin, y me marché por el campo á pensar en usted.

ROSA. De veras?

ALBERT. Pues hago yo otra cosa más que pensar en usted?

ROSA. Bien: pero eso no se dice.

ALBERT. Ya; porque demasiado lo sabe usted! No es verdad, Rosa?

ROSA. Sí, hombre. sí; pues no lo he de saber? Lo conocí mucho ántes que usted me lo dijera.

ALBERT. Oh! qué delicia!

ROSA. Cuál?

ALBERT. El oir eso!

ROSA. Por qué?

ALBERT. Cómo por qué? Porque me lo dice usted con una gracia... con un encanto!... Porque hay en su alma de usted tesoros de candor, de talento, de sensibilidad!... tesoros que ignora el mundo... que yo solo conozco. Ah! si! tesoros de amor eterno y puro como el mio!

ROSA. Quiere usted callar, Alberto!... Vamos, que me

dá usted miedo cuando me habla con ese tono, y me pone usted esos ojos!

ALBERT. Perdone usted, Rosa, perdone usted esta exaltacion que no puedo dominar! Qué quiere usted! cuando la veo tan buena... tan hermosa!...

ROSA. Sí?... Soy yo hermosa?... (*Con coqueteria.*) De veras?

ALBERT. Me lo pregunta usted!

ROSA. Tanto como mi hermana?... Carolina es muy hermosa!

ALBERT. No sé.

ROSA. Cómo!

ALBERT. Yo no veo en el mundo más que á usted... á usted sola!

ROSA. Ay! Si le oyeran á usted! Particularmente Carolina, que me mira como una chiquilla, porque no estoy siempre séria y taciturna como ella.

ALBERT. Cierto que es tan reflexiva... tan melancólica...

ROSA. Y noto que eso en ella va en aumento... sobre todo de un mes á esta parte... Bien lo habrá usted observado... porque ella no se separa de nosotros.

ALBERT. Es verdad; y bien que me mortifica su contínua presencia. Y por qué será esa tristeza?

ROSA. Qué sé yo! Es una chica tan misteriosa!...

ALBERT. Si estará enamorada?

ROSA. Enamorada... ella?—Qué! no.

ALBERT. Pues ya debia casarse... tiene veinte años.

ROSA. No sé: delante de mí nunca hablan de eso.. á excepcion de mi tia, que siempre está diciendo que la de más edad debe casarse primero... que eso es lo que está en el órden... y dale... y vuelta...

ALBERT. Sí, sí: á Carolina la casarán pronto: yo tengo algun dato... por ciertas espresiones que le he oido al Conde...

ROSA. Puede. Papá dice que si se presenta un buen partido... un hombre de caudal... de posicion social... Dice bien, no es verdad?

ALBERT. (*Turbado.*) Ah! Usted opina...

ROSA. Oh! ya sé yo que usted no tiene gran caudal...

ALBERT. No; ni gran posicion social.

ROSA. Pero eso... con el tiempo... Tiene usted á su

tio... el de la Habana... que es muy rico... y que le dejará á usted por heredero.—Le quiere á usted mucho su tio?

ALBERT. (*Despues de una pausa, tomándola la mano.*) Rosa, quiero pedirle á usted un consejo, un consejo... de que depende mi suerte... mi vida!

ROSA. Ay! Con qué tono me lo dice usted!...

CAROL. (*Dentro.*) Rosa!

ROSA. Ah! mi hermana!—Diga usted, puede tomar parte en el consejo?

ALBERT. Por qué no!—Pero usted sola será la que decida: usted sola será la que comprenda cuán desgraciado soy!

ROSA. Usted desgraciado!

ESCENA V.

Dichos.—CAROLINA.

CAROL. Rosa!

ROSA. (*Yendo á ella.*) Ah! ven acá, hermana. Aquí está Alberto que quiere pedirnos un consejo.

CAROL. Alberto!

ALBERT. Sí, Carolina!... Me dirijo á usted como á una... (*Disimulando.*) me dirijo á las dos, como á dos hermanas!

ROSA. Y hace usted muy bien... (*A Carolina.*) No es cierto?—Hola! mire usted si se estiman sus regalos!... Esta se ha adornado con el pensamiento que usted la dió... Y eso que tampoco casa bien con el traje.

ALBERT. Ah! Carolina! es mucha bondad!...

CAROL. No tal!... Hay pensamientos que siempre sientan bien!

ALBERT. (*Riendo.*) No sucede lo mismo con las rosas!

ROSA. Vaya, vaya... veamos ese consejo.—Ven, Carolina, sentémonos aquí. (*La hace sentar.*) Ea, ya estamos escuchando: consúltenos usted.

ALBERT. Amigas mias...

ROSA. Y ante todas cosas, yo...

CAROL. Calla: déjale hablar.

ALBERT. Ya saben ustedes que yo no tengo más bienes

que mi espada, con la cual, segun andan los tiempos, no espero adelantar gran cosa.

ROSA. Oh! pues á mí me gusta esa carrera!... quisiera verle á usted de uniforme; debe de sentarle muy bien!

CAROL. Pues yo no!... á mí me entristece un uniforme... me da idea de combates, de peligros... de muerte!

ROSA. Eh! no seas medrosa!

ALBERT. Oh! no es eso lo que me arredra: si bastára exponer la vida!...—Pero qué ascensos puedo yo prometerme? y aunque los obtuviera, de qué servirian? Hay circunstancias en la vida... Por ejemplo, si yo amára á una jóven cuyo padre exigiera del que hubiese de ser su marido... caudal... posicion social...

CAROL. (Oh! Dios mio!... comprendo!)

ROSA. Sí: á la verdad, la paga de un subteniente...

CAROL. Déjale continuar, Rosa!...—Acaso Alberto habrá imaginado otro camino...

ALBERT. Sí, señora; y sobre eso justamente queria consultar con ustedes. (*Pasa detrás del confidente, y se coloca entre las dos, apoyándose en el respaldo.*

CAROL. (*Sonriendo.*) Lo ves?

ROSA. Ya escuchamos.

ALBERT. Ya saben ustedes que tengo un tio en la Habana... hermano de mi madre... dueño de varios ingenios... hombre millonario... Ya otra vez quiso llevarme á su lado; pero mi madre vivia entonces: yo conocí que mi separacion la hubiera quitado la vida, y desechè la oferta.

ROSA. Perdió usted una gran fortuna!

CAROL. Por no abandonar á su madre!... hizo usted bien!

ALBERT. Ahora que soy huérfano!... (*Volviendo á un lado.*) ahora que no tengo ya á mi lado... (*Pausa.—Se enjuga las lágrimas: las dos niñas le miran conmovidas.—El se serena y continúa.*) mi tio ha vuelto á escribirme insistiendo en que me vaya allá: me dice que está achacoso, y que quiere ponerme al frente de su casa. Con esta condicion me asegura su cariño...

ROSA. (*Con desden.*) Bah !
ALBERT. Y su herencia?
ROSA. (*Con satisfaccion.*) Ah !...
CAROL. Y usted vacila?
ALBERT. Mi primera idea fué rehusar de nuevo. Me dolía dejar á España... separarme de lo que más amo !—Sentía dejar la carrera que habia elegido: se me figuraba que dejar mi charretera y mi espada, era desertar.
CAROL. (*Levantándose.*) Pues no se vaya usted.
ROSA. A los desertores los fusilan!
ALBERT. No, no es este el caso...—Luego me ocurrió que quizá podria obtener del ministro de la Guerra una licencia... y me decidí á presentar una solicitud por mano del Conde, que me ofreció apoyarla.
ROSA. Hola! El Conde!...
CAROL. Y si el ministro la concede?...
ALBERT. Qué opinan ustedes?... qué deberé hacer? Aconséjenme ustedes.
ROSA. Yo le aconsejo á usted que se vaya.
ALBERT. Ah!...
CAROL. Pero... ausentarse así!... atravesar los mares!... quizá para no volver!...
ROSA. Pero ya ves... un tio millonario!... vale la pena de arriesgarse un poco!
CAROL. Tú no piensas más que en los millones!...
ROSA. Toma!... Con eso se llega á todo en este mundo!... á tener posicion social, como dice papá.
ALBERT. Sí, sí!... (*Resentido.*) Debo hacer este sacrificio por mi tio... que me quiere... que me abre los brazos!...
CAROL. Es verdad, Alberto, es verdad... Tiene usted razon!... Hay casos en que se debe hacer un sacrificio... por mucho que cueste!... (*Con un esfuerzo.*) Vaya usted, Alberto!... vaya usted!
ALBERT. Lo mismo me ha aconsejado Anselmo. Ya saben ustedes de quien hablo: Anselmo, aquel pobre viejo, que fué mayordomo de mi padre, y que me quiere como á un hijo.
CAROL. Sí; y que no tiene mas auxilio para vivir que el que usted le dá.
ROSA. Con que resuelve usted irse?

ALBERT. Sí. Y quién sabe si le volveré á ver!

ROSA. Cómo!

CAROL. Por qué no?

ALBERT. La ausencia, el tiempo lo destruye todo! Puedo yo estar seguro de hallar á mi vuelta todo lo que aquí dejo... y del mismo modo que lo dejo? (*Tomando con disimulo la mano de Rosa.*)

CAROL. (*Apartando los ojos conmovida.*) Puede usted dudarlo, Alberto?

ROSA. Pobre Alberto!—Dale la mano, Carolina. (*Carolina le alarga la mano: él la estrecha con cariño.*)

ALBERT. Querida Carolina!

ROSA. Ay! que suena un coche!... (*Con alegría.*) Es la carretela del Conde... (*Corre al foro: Alberto se aparta á un lado, ocultando su conmocion: Carolina se limpia las lágrimas.*) Sí, sí... es el Conde... ya se apea.

CAROL. Y yo que me he olvidado del encargo de mi tia!

ALBERT. Y yo que no me he acordado de avisar al jardinero.

ROSA. (*Siempre asomada al foro.*) Otro viene con él... (*Volviendo al proscenio.*) Diga usted: será su sobrino: uno muy feo...

ESCENA VI.

Dichos.—EL CONDE.—EL BARON.

CONDE. Entra, Simon.

BARON. Chucho!... Chucho!... Qué magnífico perro!

ROSA. Y llama al perro!... Ese es el sobrino.

CONDE. (*Entrando.*) Señoritas!... Oh! querido Alberto!

BARON. Beso á ustedes las... Hombre! qué magnífico perro!...

ROSA. Mira qué facha!

BARON. Es de Terranova!

CONDE. Saluda, hombre!

BARON. (*Saludando.*) Madamitas!...

CONDE. Alberto, dijo usted al señor de Torralba que vendría hoy á visitarlo?

ALBERT. Si, señor ; en cuanto llegué.
CAROL. Voy á avisarle yo misma...
CONDE. No, no, ruego á usted, hermosa Carolina, que no nos prive de su vista : ya saldrá.
BARON. (Ah ! esta es !... la mayor !—Quiere decir que la más jóven... es la menor.)
CONDE. (*Mirando unos dibujos que hay en la mesa.*) Hola ! este pais está pintado por usted ! Ya tengo noticias... Esta mañana hablando con Alberto, me ha hecho unos elogios de su talento de usted para el dibujo, para la música...
CAROL. (*Mirando á Alberto con ternura.*) Ah ! de veras ?
ALBERT. Y aun no la he ponderado todo lo que merece. Carolina es un ángel !
CAROL. Oh ! calle usted, Alberto !... me hace usted ponerme colorada !
BARON. (*Mirando el dibujo.*) No está malejo !
ROSA. (Haya tonto !)
BARON. (*A Rosa.*) Y qué tal, niña, qué tal ?... se juega mucho ?
ROSA. Mucho !
CONDE. (*Mirando los dibujos.*) Precioso paisaje !
BARON. Se cazan mariposas ?... se cojen nidos ?...
ROSA. Nidos !
BARON. Se pasea en borrico ?
ROSA. No, señor : á mí no me gustan los borricos.— Perdone usted : voy á avisar que está usted aquí.—(Sóplate esa !)
BARON. (*Riendo.*) Já, já !... qué lista es !...

ESCENA VII.

Dichos.—TORRALBA.—ELENA, *vestidos.*

TOR. Señor Conde !... qué sorpresa !...
ELENA. Y no nos han avisado ?
CAROL. El señor Conde no ha permitido...
TOR. Yo estaba en mi biblioteca...
ELENA. Yo tocando el piano...
ALBERT. (Se estaban vistiendo... Y las indirectas del Conde... No hay duda : casan á Carolina.)

CONDE. Estas señoritas nos hacian compañia.—Ah! presento á ustedes á mi sobrino, el Baron de Jaraicejo.
TOR. Tengo á mucho honor...
BARON. (*Saludando.*) Efectivamente...
ROSA. (Hola! es Baron!... ya no me parece tan feo!)
CONDE. Rico propietario de Galicia... muy aficionado al campo... á la caza...
ROSA. A los perros...
BARON. Ji, ji!... Efectivamente.
TOR. Y espero que disfrutaremos de tan amable compañia...
CONDE. Eso, mi querido Torralba, será segun.
ELENA. (*Suspirando.*) Ay!
ALBERT. (Como mira á Carolina!)
TOR. Segun!... Pues qué, no gozarán ustedes del campo...
CONDE. Ese es mi deseo; pero todo depende de cierta respuesta...
ROSA. Qué respuesta?
CONDE. Oh! ese es un secreto...
ELENA. (*Bajando los ojos.*) Ay!
TOR. (*Mirándola.*) (Ja, ja!...)
BARON. Curiosilla!...
ALBERT. (Pues: la peticion formal.)
TOR. Niñas: id á decir que saquen una friolera.—Tomarán ustedes un refrijerio.
BARON. Acepto, acepto. (*Al Conde.*)—(Propóngame usted para la chica.)—Caballerito, quiere usted enseñarme el jardin y la huerta, mientras sacan el piscolabis?
ALBERT. Con mucho gusto.
ROSA. (*Yéndose con Carolina.*) Qué tendrán que hablar?
BARON. (*Yéndose con Alberto.*) Chucho!... Chucho!...

ESCENA VIII.

EL CONDE.—TORRALBA.—ELENA.

TOR. (Pues señor, mi hermana va á estar en grande!... Vaya un fortunon!)
CONDE. (*Trayendo de la mano á Elena, que aparentaba*

irse con sus sobrinas.) No... usted no... Hágame usted el gusto de quedarse... Para el asunto que vamos á tratar, su presencia de usted es conveniente.

Tor. (Pobre chica!... qué dengues hace!... Como que es la primera vez que le pasa esto!)

Elena. Si usted se empeña, Conde...—Es que yo ignoro absolutamente de qué se trata.

Conde. Pues yo creia que algo debia usted de sospechar... En fin, amable Elena, yo necesito la aprobacion de usted... y casi me atrevo á contar con ella.

Elena. No sé... veremos...

Tor. Oh! desde luego...

Elena. Calla tú!

Conde. El señor de Torralba, por su posicion independiente, está llamado á figurar en politica, en administracion... El pais reclama sus servicios...

Tor. Por mi parte...

Conde. Y si para hacerlo entrar en la atmósfera del poder, se presentase... por ejemplo un título de Castilla, que goza de algun valimiento en las altas regiones... y que aspirase al honor de enlazarse á su respetable familia...

Tor. Señor Conde!... (Ya la soltó!)

Elena. (Cómo me late el corazon!)

Conde. Conque... vamos, amigos mios... ayúdenme ustedes un poco á salir de este atolladero... Creo que ustedes me entienden...

Tor. Señor Conde... lo que es yo...

Conde. Y usted, Elena?

Elena. Yo!... Ay! Dios!... qué quiere usted que entienda!...

Conde. Si ese titulo que digo... fuera yo...

Tor. Usted!

Elena. Usted!... (Ah! me desvanezco!...) (*Se apoya en una silla.*)

Conde. Yo, sí, yo mismo... Desde el primer dia que conocí á ustedes, sueño con esta union, que ha de ser, no lo dudo, la felicidad de mi vida!

Tor. Sí, eh?

Conde. Positivamente. Un hombre en mi posicion debe

casarse: debe tener una esposa que haga los honores de su casa, que le embellezca la vida... y yo creo haberla encontrado.

TOR. Sí, eh?

CONDE. Sí, señor: he puesto los ojos en una jóven...

TOR. Una jóven!

CONDE. Cuyo carácter he estudiado tiempo há.

ELENA. (Es cierto!)

CONDE. Y he descubierto en ella prendas apreciables... una educacion perfecta... talento cultivado... gracia... amabilidad...

TOR. (Cómo se relame mi hermana!)

CONDE. Creo, pues, que el retrato que acabo de hacer...

TOR. (Algo favorecido...)

CONDE. Ya me comprenderán ustedes, y el señor de Torralba se servirá decirme si me hace el honor de aceptarme por su yerno.

TOR. Mi yerno!...

ELENA. (Ah!...) (*Se deja caer en una silla.*)

TOR. (*Queriendo hacer sentar al Conde para que no observe á Elena.*) Pero hágame usted favor de sentarse...

CONDE. No, no, mil gracias.

TOR. (*A Elena.*) (Disimula, mujer!) (*Elena se pone en pie.*)

CONDE. Y esta señora se dignará admitirme por sobrino?

ELENA. (Sobrino!)

TOR. Oh! si señor, sí!... Ahora está... un poco turbada... como yo... Pero... (*A Elena.*) (No hagas gestos: trágate la píldora!)

CONDE. En fin, hablemos claros: tienen ustedes mejor partido para Carolina?

TOR. Carolina?... Ah! es Carolina!...

CONDE. Pues quién habia de ser?...

ELENA. Ya!

CONDE. Rosita es todavía muy niña...

ELENA. Y Carolina no tiene más que diez y nueve años...

TOR. Veinte, veinte va á cumplir.

CONDE. Es eso decir que mi edad?...

TOR. No señor!... qué disparate!... Usted es jóven!... muy jóven... para ser Conde...

CONDE. En fin, yo lo que deseo, ante todo, es que sea á gusto de usted y de esta señora.

TOR. Por supuesto! Mi hermana me ha estado haciendo hoy unos elogios de usted!...—Dí algo. (*La da con el codo.*)

CONDE. De veras?

ELENA. Es cierto.—Pero yo creo que ante todo es el consentimiento de Carolina.

TOR. Lo dará; vaya!... Boda más á gusto de todos!...

CONDE. Permita usted: dice bien esta señora: lo primero es ver si yo le agrado á Carolina.

TOR. Sí que le agrada usted.—Anda, Elena, anda, y tráemela aquí ahora mismo: yo la hablaré. (*Tomando las manos al Conde.*) No se marchará usted, señor Conde, sin oir de sus lábios una respuesta que le deje contento... y á nosotros tambien...

CONDE. Oh! amigo mio!... cuánto agradezco...

ESCENA IX.

Dichos.—EL BARON.

BARON. (*Con un pliego.*) Tio, perdone usted que interrumpa... Ha llegado Andres de Madrid con este pliego para usted.

CONDE. Dame.—Hola! del ministro!—Con permiso de ustedes...

TOR. Mientras usted lee, vamos nosotros á buscar á Carolina.—Elena, vé tú á su cuarto... yo me llegaré al jardin... Anda, mujer!...

ELENA. (*A Torralba.*) (Cómo descubres la hilaza!) (*Vánse por distintos lados.*)

ESCENA X.

EL CONDE.—EL BARON.

BARON. Y qué tal! tengo ya tia?

CONDE. Creo que sí. El padre es un excelente sugeto. (*Sentándose y abriendo el pliego.*) La tia es la que me parece...

BARON. Tendrá envidia.

CONDE. Y eso que hace tiempo que la ando conquistando.

BARON. Y ha de saber usted que es tan rica como su hermano.

CONDE. Pues cásate con ella.

BARON. No, no: prefiero á la chiquita. Qué diablo es! Si viera usted qué cosas me ha estado diciendo.— Le ha indicado usted algo al papá?

CONDE. Deja, hombre: tiempo hay.

BARON. Solo una cosa me disgusta.

CONDE. Qué?

BARON. Ese jovencito... ese Alberto... que no se separa de ellas.

CONDE. Qué disparate!—Mira: justamente me envia aquí el ministro su licencia para que se vaya á la Habana.

BARON. Ah! eso es otra cosa!

ESCENA XI.

Dichos.—TORRALBA.—*Luego* ELENA *y* CAROLINA.

TOR. Aquí viene mi hermana con Carolina: voy á encerrarme con ellas en mi despacho...

CONDE. No, señor, no: aquí pueden ustedes hablar: yo me voy con mi sobrino al comedor.

BARON. Con Rosita que está allí, haciendo los honores de la mesa con una gracia!...

TOR. Ya están aquí. (*Sale Elena con Carolina.*)

BARON. (*Saludándolas.*) Madamitas!...

ELENA. Señor Baron!...

CONDE. Amable Carolina, me recomiendo á usted. (*Saluda y se va con el Baron.*)

ESCENA XII.

TORRALBA.—ELENA.—CAROLINA.

CAROL. Papá, es cierto que usted me llama?

TOR. Sí, hija mia: tu tia y yo tenemos que hablarte.

ELENA. Yo no: tu padre solamente.

TOR. Hermana! (*A Carolina.*) Ven acá, hija mia: tú has sido siempre una niña muy buena... muy dócil... muy obediente.

CAROL. Qué tiene de extraño! Ha sido usted siempre tan bueno para conmigo!...

TOR. Es verdad; y ahora voy á darte una nueva prueba...

ELENA. Oh! y qué prueba!...

TOR. (*Despues de mirar á Elena.*) Sí, hija; voy á asegurar tu felicidad.

ELENA. Pues ya!

TOR. Hermana!

ELENA. Sigue, sigue.

CAROL. Pues qué hay?

TOR. Hija mia, vas á cumplir veinte años... que es la edad en que las niñas deben ya pensar... pues... en escoger... es decir... en que las escojan... siempre que sea... digamos... (*A Elena.*) Ayúdame, muger!

ELENA. Si vas muy bien!

TOR. En suma: á tí no te hace falta nada... más que un marido.

CAROL. Un marido!

TOR. Y voy á casarte.

ELENA. Con qué habilidad se lo ha dicho!

CAROL. Pero, papá...

TOR. Nada, nada: es preciso pensar con juicio: á tu edad todas las jóvenes se casan... Es decir... (*Mirando á Elena.*) casi todas.

ELENA. La que quiere.

CAROL. Y con quién, papá?

TOR. Oh! con un sugeto!... vaya! que no hay más que pedir! Riqueza, talento, posicion elevada...

ELENA. Y años!

TOR. Años!... años!... Pues bien jóven te parecia...

ELENA. Hermano!

CAROL. Jóven!

ESCENA XIII.

Dichos.—Rosa.

Rosa abre la puerta, y oye sin que la vean.

Tor. En una palabra; el Conde...
Carol. El Conde!
Tor. Quiere casarse contigo
Carol. No, papá, no!
Elena. Qué te decia yo?
Rosa. (*Saliendo.*) Casarse el Conde con mi hermana!
Tor. (*Enfadado.*) Eh? qué es eso, niña? qué hace usted ahí? quién la llama á usted?
Rosa. Perdone usted, papá... venia...
Tor. Adentro! adentro! váyase usted!
Rosa. El Conde!... te vas á casar con él? Ah! qué dichosa eres!
Tor. Eh? verdad que sí?—Ven acá, Rosita, ven acá. —Esta niña tiene mucho juicio!
Elena. Mucha vanidad!
Rosa. Vaya! Casarse con un Conde!... Ser Condesa... ir en coche... dar bailes... tener palco en la ópera... ir á palacio...
Tor. Friolera!
Elena. Y esa es la felicidad?
Rosa. Vaya!
Tor. Pues yo lo creo!
Carol. (*Echándose en sus brazos.*) Yo no quiero más felicidad que vivir á su lado de usted, papá!
Tor. (*Con cariño.*) Sí, hija mia! Viviremos juntos... aquí los veranos... la quinta es grande!... y en Madrid... habitaremos en una misma casa... Allí mi yerno me hará conocer á sus amigos políticos... y yo más adelante... Y en fin... luego buscaremos un buen partido para Rosita...
Rosa. Sí, hermana, sí!
Tor. Voy, voy á buscar al Conde... voy á decirle que consientes.
Carol. (*Deteniéndole.*) Oh! por Dios! Papá!...
Tor. Ea, valor!... no hay remedio! Obedece!... yo lo mendo! (*Se vá.*)

CAROL. Papá! (*Se deja caer en un sillon.*)—Oh! Dios mio! Dios mio!

ELENA. Ha perdido la cabeza!

ROSA. Vamos, Carolina, anímate: á menos que no estés enamorada de otro!...

ESCENA XIV.

Dichas.—ALBERTO.

ALBERT. Qué ha ocurrido?

CAROL. (*Levantándose.*) Cielos! Alberto!

ROSA. Venga usted, Alberto: no sabe usted la novedad? Se casa mi hermana.

ALBERT. Carolina?

ROSA. Está en el órden: como que es la mayor.—Un partido soberbio!... como papá lo deseaba para nosotras.

ELENA. Sí, soberbio!... escepto la edad!

ROSA. Qué importa la edad... en los hombres? En las mujeres... ya es otra cosa.

ELENA. Charlatana!

ALBERT. Carolina se resolverá... teniendo en cuenta la felicidad de los que la rodean.

CAROL. Alberto!... Alberto!... (Ah! primero muerta!)

ESCENA XV.

Dichos.—TORRALBA.—EL CONDE.—EL BARON.

CONDE. Gracias, amigo mio, gracias por tan feliz noticia!

ROSA. Aquí está el novio!

ELENA. Niña!

CONDE. Ah! querido Alberto, me alegro de hallar á usted.—Aquí tiene usted la real licencia, y ademas una órden para que haga usted el viaje en uno de los vapores del estado, sin abonar pasaje.

TOR. Cómo es eso! te has decidido?...

ALBERT. Si señor: quiero dar gusto á mi tio... que me

trata como un padre. Me lo han aconsejado así personas... en cuyo cariño tengo entera confianza!

ROSA. (*A Carolina.*) (Nosotras.)

TOR. Y haces muy bien, hijo mio! Los jóvenes deben pensar en el porvenir. Conozco mucho á tu tio don Claudio... excelente sujeto... que te hará rico...

CONDE. (*Dándole el papel.*) Y feliz.

ALBERT. Así lo espero.—Gracias, señor Conde, gracias por la proteccion que me ha dispensado usted!

TOR. Y te vas pronto?

CONDE. Mañana mismo debe salir para no perder tiempo: el vapor dá la vela dentro de cinco ó seis dias.

ALBERT. Mañana!

TOR. Sí, Alberto, sí! No te detengas. Fío en Dios que nos volveremos á ver.

ALBERT. (*Enternecido.*) Ah! no extrañe usted estas lágrimas!... Quién deja sin conmoverse el lugar donde nació... quién se separa de personas tan amadas... y que no sabe uno si al fin... con la ausencia... le olvidarán!...

CAROL. (Ah! jamás!... jamás!)

ALBERT. (*Llorando.*) Y mi España... mi patria!... Ah! en ella se queda mi corazon!

ROSA. Pobrecillo!...

TOR. (*Abrazándolo.*) Anda, hijo mio, anda á disponer tu viaje!...—Adios!

ALBERT. Adios!... (*Alargando una mano á Rosa y otra á Carolina.*) Adios! (*Se desprende de ellas y se vá.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala ricamente amueblada.—Puerta al fondo.—Chimenea.

ESCENA PRIMERA.

Elena.—Torralba.—Un Lacayo.—*Aparece el lacayo de gran librea. Sale por la derecha Elena,*

Elena. Se ha visto torpeza igual! Jesus! qué peste de modistas! Un vestido inservible!

Tor. (*Sale por el foro.*) Francisco!... Pedro!... Dónde está esta gente?

Elena. (*Al lacayo.*) Mira, has de ir almomento...

Tor. Dime, Pedro, están puestas las bujías en los candelabros?

Lacayo. Si señor; todas están puestas.

Elena. Pedro, es preciso que vayas ahora...

Tor. Aguarda, mujer: deja que me entere de si está todo corriente para el baile de esta noche.

Elena. Vaya, entérate, entérate!

Tor. Has contado los escalones que tiene la escalera?

Lacayo. Si señor.

Tor. Cuántos son?

Lacayo. Treinta y dos.

Tor. Es decir que se necesitan... aguarda, treinta y dos y treinta y dos... eso es se necesitan sesenta y cuatro macetas de flores para la escalera. Ademas... seis y seis... justo: doce para la meseta... total: sesenta y seis macetas, estamos? Ah! y unas ocho ó diez para la galería, son... ochenta y seis, pongamos ciento por si acaso. Estás? y colocarlas bien.

Elena. Corriente: ya está enterado.—Mira, Pedro, quiero que vayas...

TOR. Mujer, por Dios, déjame acabar!...

ELENA. (*Sentándose con rábia.*) Acaba con mil... Mentecato!

TOR. Para la meseta de arriba quiero que traigas una caja con un naranjo.

LACAYO. Bien está.

TOR. Pero un naranjo grande, grande, estás?

LACAYO. Si señor.

ELENA. Para qué más naranjo...

TOR. Han traido ya de casa de Lardy, todo lo que se ha de poner en el bufet?

LACAYO. Ahora lo estaban trayendo.

TOR. Ha venido la cabeza de jabalí?

LACAYO. Si señor.

TOR. La has visto? Tiene los colmillos como encargué?

LACAYO. No señor, no he reparado.

TOR. Pues si no tiene los colmillos no la quiero: le dije que habia de ser como la que puso al ministro; que tenia los ojos y los colmillos. Ya puedes ir á decirle que si no le pone colmillos que no me la envie, porque no se la pago.

LACAYO. Está bien.

ELENA. Gracias á Dios!...—Pedro, corre á casa de mi modista y dile...

TOR. Ah! me olvidaba...

ELENA. Otra!

TOR. Díme no ha venido mi yerno, el señor Conde?

LACAYO. No señor: dijo que iba al ministerio, y aun no ha vuelto.

TOR. Y mi hija?

LACAYO. La señora Condesa se fué al Prado en la carretela con el señor Baron, y dijo que pronto estaria de vuelta.

TOR. Bien.

ELENA. Te queda algo que decir?

TOR. No, mujer: habla lo que quieras.

ELENA. Ya era tiempo.—Pedro, corre á casa de mi modista, y dile que venga aquí ahora mismo á arreglarme el vestido, que no me lo puedo poner.

LACAYO. Voy corriendo, señora. (*Se vá.*)

TOR. (*Sentándose.*) El señor Baron!... la señora Condesa!... qué bien suena al oido! no te parece, hermana?

ELENA. Lo que me parece es que no tengo vestido para el baile; esa atolondrada de modista me ha hecho un cuerpo como un saco: lo menos dos dedos le sobran.

TOR. Tiempo hay de que te lo compongan de aqui á entonces. El baile que doy esta noche vá á hacer ruido en Madrid.

ELENA. Si los músicos tocan fuerte...

TOR. No es eso: sino que es el primero que doy desde que mi hija es Condesa... y reuno esta noche en mis salones á todos los hombres políticos de más viso... y vendrán los ministros... Como que mi yerno es todo un Senador...

ELENA. Y tú andas tras de serlo tambien: no es eso?

TOR. Y lo seré; ya lo verás. Qué te decia yo el verano pasado allá en la quinta? Te acuerdas?... Aquel dia en que el pobre Alberto se separó de nosotros para irse á la Habana... y por cierto que no ha dado cuenta de su persona... Dios sabe si el vómito negro... Aquel dia en que te llevaste tan solemne chasco...

ELENA. Se te figura que lo sentí?

TOR. No, ya ví que tomaste tu partido, y empezaste á hacerle cara al sobrino... al Baron...

ELENA. (*Levantándose.*) Buen fátuo!... buen majadero!

TOR. Sí, ahora es majadero, porque ha cambiado de rumbo, y quiere ser tambien tu sobrino.

ELENA. Tendrás valor para sacrificar al fin á la pobre niña? No conoces que no le quiere? No la ves siempre triste, llorosa...

TOR. Sí le quiere, y se casará con él, y será Baronesa. El año pasado por aquel capricho y aquella tenacidad, me ví comprometido con el Conde á quien ya habia dado el sí; y á no ser por la docilidad de Rosa que se prestó de buena voluntad á casarse con él, en vez de su hermana, no sé qué hubiera hecho.

ELENA. Buena farsa fué aquella! Lo mismo le daba á él casarse con una que con otra. Qué amor tan acomodaticio!

TOR. Es claro, mujer! Pues acaso era algun pisaverde, herido de pasion amorosa? El Conde es un hombre que pasa de cuarenta años, que tra-

taba de hacer un enlace de conveniencia, que conocia y apreciaba á mis dos hijas igualmente... Natural era que pidiese á la mayor... pero tampoco tiene nada de raro, que negándose aquella tan obstinadamente, se casase con la otra.

ELENA. Lo mismo es: todo se queda en casa.

TOR. Y ahora es Rosa quien ha tenido la feliz ocurrencia de casar á su hermana con el Baron. El proyecto es excelente.

ELENA. No se lo parece á ella.

TOR. Ya se vendrá á la razon. Primero me pidió de plazo un mes para resolverse; luego dos; luego tres... Yo se los he concedido: pero ya no la pienso dar más plazos; le he dicho al Baron que cuente con mi palabra, y no estoy dispuesto á condescender con los caprichos de una niña extravagante que no parece sino que se ha propuesto hacerme una oposicion sistemática.

ELENA. Es que...

TOR. Nada, nada. Y tú tienes la culpa: tú eres quien fomenta en ella ese espíritu de contradiccion, sin duda con la esperanza de que no se case y te ayude á vestir imágenes. (*Llama á la campanilla.*)

ELENA. Hermano, si yo no me caso es porque no me conviene.

TOR. Sea enhorabuena.—(*Sale un lacayo.*) Francisco, llama á mi hija, dile que venga, que venga ahora mismo.

LACAYO. La señorita no está en casa.

TOR. Qué?

ELENA. Carolina?

LACAYO. Salió hace un rato con Marcela, su doncella.

TOR. Bien está: véte. (*Se vá el lacayo.*) Tambien hoy! Ya vá de muchas que hace esas salidas... sin que yo sepa donde vá.

ELENA. Es cierto. Y la mayor parte del dia la pasa encerrada en su cuarto... y cuando la vemos está siempre con un aspecto tan sobresaltado... No sé... no sé...

TOR. Oh! pues es preciso saber... Yo no puedo consentir...

ELENA. Ahí están ya.

TOR. Carolina?
ELENA. No: el matrimonio feliz... y el presunto sobrino.

ESCENA II.

Dichos.—ROSA.—EL CONDE.—EL BARON.

(*Rosa dá el brazo al Baron, el cual viene cargado con un chal, y trae en una mano la sombrilla abierta y en otra un gran ramo de flores.*)

ROSA. (*Soltándose.*) Oh! que está aquí mi papa!
TOR. (*Abrazándola.*) Ven acá, paloma! Te has paseado?
ROSA. Mucho! Buenos dias, tia. (*Al Baron.*) Cierra esa sombrilla!
BARON. Calla! Es verdad!
TOR. (*Dando la mano al Conde.*) Mi querido yerno!
ROSA. Aquí lo traigo... y mi trabajo me ha costado. Al ministerio he tenido que ir por él, despues de estarle esperando en el Prado dos horas.
CONDE. Hija, qué quieres? Creí despachar pronto: pero el ministro no me ha soltado: se trata de un proyecto de ley muy importante...
TOR. Es claro! Los negocios públicos...
ROSA. Se le dice al ministro: me está esperando mi mujer.
TOR. Pues!
ROSA. Y no que tendria que pasarme la vida encerrada en casa ó dando vueltas por el Prado sola en la carretela, si no tuviera para hacerme compañía al Baron mi sobrino... Ja, ja, ja! Siempre que digo mi sobrino, (*Riendo.*) me rio! Ja, ja, ja!... Mi sobrino!... y me dobla la edad!... Ja, ja!... Es como si mi tia fuera mi sobrina!... Ja, ja!...
CONDE. (*Que se ha sentado.*) Qué cabeza!
ELENA. (De chorlito!)
TOR. (*Sentado.*) Siempre graciosa!
BARON. Ja, ja, ja! Dice bien mi tiita!—Y el caso es que me trae al retortero, y me manda como á un escolar... y me regaña... Y cuando se enfada la tengo miedo.

ROSA. Oh! eso sí! Mi sobrino es muy obediente...

CONDE. Tiene buena pasta para marido.

ROSA. Excelente! Y á propósito: hoy es preciso que quede terminado, arreglado y firmado todo: de modo que en el baile de esta noche, pueda el señor Baron de Jaraicejo... mi sobrino... (*Riendo.*) bailar una polka de novio con mi querida hermanita... A ver, dónde anda?

BARON. Quisiera ofrecerla mis respetos... y este ramo, que ya me vá pesando bastante.

TOR. (*Levantándose.*) Perdone usted... ahora está...

ELENA. Está en su cuarto.

TOR. Eso es: en su cuarto...

ROSA. Arreglando sin duda su vestido para esta noche... voy á verla...

TOR. No, no...

ELENA. Déjala ahora...

BARON. No quisiera molestarla... Pero si pudiera yo soltar todo esto...

TOR. Oh! usted no la molesta.

ROSA. Pues ello, las capitulaciones matrimoniales se han de firmar hoy. No permito que el asunto se dilate ni un dia: ahora que estoy yo casada, rábio porque se case todo el mundo.

CONDE. No veo inconveniente, siendo á gusto de todos.

ROSA. Pues quién duda que es á gusto de todos!... Si señor, de todos. Papá le quiere ya como un hijo. Mi tia le adora... (*Gesto de Elena.*) asi me lo ha dicho hace tiempo.

BARON. (Entonces la hacia yo la corte á ella.)

ROSA. Y en cuanto á la novia...

BARON. Esa, esa es la que...

CONDE. (*Levantándose.*) Me parece Carolina un poco romántica!

ROSA. (*Riendo.*) Já, já!... Eso es venganza!... porque se negó á casarse contigo.

TOR. Niña!...

CONDE. (*Tomándola la mano.*) Te he dado pruebas de que no me ha pesado.

BARON. Es verdad, tio, es verdad; tiene razon mi tiita.—Dónde dejaría yo todo esto!

CONDE. Pero en fin, no vemos hoy á mi cuñadita?

ROSA. (*Levantándose.*) Yo la voy á buscar.

ELENA. (*A Rosa levantándose.*) (No vayas...)
TOR. Si entretanto que viene quieren ustedes pasar á mi despacho, allí verán sobre la mesa el contrato que trajo el escribano esta mañana, y pueden ustedes irlo examinando.
BARON. No hay dificultad. Sí, sí, bueno es ver...
CONDE. (*Al Baron.*) (Calla, hombre...) Qué necesidad hay de examinar nada.
TOR. No importa: las cosas deben hacerse en regla. Yo quiero que el Baron lo vea, y ruego á ustedes que me hagan ese obsequio.
CONDE. Bien: si usted se empeña...
ROSA. Ea, basta de ceremonias, y lo que ha de ser, prontito.
TOR. Sí, sí, pasen ustedes.
CONDE. Vamos allá. (*El Conde y el Baron se ván por la derecha.*)

ESCENA III.

ROSA.—TORRALBA.—ELENA.

ROSA. Vamos á ver: qué misterios son estos? Por qué me decian ustedes por lo bajo que no fuera á buscar á mi hermana? La sucede algo?... está mala? qué ha ocurrido?
TOR. Nada...
ELENA. Nada que deba inquietarnos: Carolina es una muchacha muy...
ROSA. Muy qué, vamos...
TOR. Oh! lo que es por esa parte no temo yo...
ELENA. Quién habia de temer!... no faltaba más!
ROSA. Pero con todas esas frases no me dicen ustedes nada... y me impaciento y me...
TOR. Pues nada, no te impacientes, porque la cosa no vale...
ELENA. Todo se reduce...
ROSA. A qué?
TOR. En suma, á que Carolina...
ELENA. A su hermana se le puede decir...
TOR. No sabemos donde está.

Rosa. (*Riendo.*) Já, já! Calla! Se les ha perdido á ustedes?

Tor. Perdido no: pero se ha marchado de casa.

Rosa. Jesús! Y eso es todo lo que ocurre? Habrá tenido que ir á comprar algo para su *tualet* de esta noche.

Elena. Puede.

Tor. Pero es que hace esas escapatorias misteriosas muy á menudo y...

Rosa. Calle usted, papá!... Jesús! no puedo ver que se hagan castillos en el aire por cualquier cosa! Verá usted cómo al fin y al cabo todo ello, despues de averiguado...

ESCENA IV.

Dichos.—Carolina.

Carol. Dicen que papá me ha llamado... (*Viéndolos.*) Ah!

Rosa. Lo ven ustedes. Ya ha parecido. Señorita, déme usted un beso!

Tor. De dónde viene usted, niña?

Carol. Papá, vengo de... he ido á...

Elena. Dónde, hija mia?

Rosa. Con que has salido sola?... Eso no puede usted hacerlo: las niñas solteras no salen nunca solas... hasta que tienen la edad de la tia. Nosotras las mujeres casadas es otra cosa.

Carol. Tenia que comprar unas cosillas para esta noche... Y no he ido sola: he ido con Marcela.

Rosa. Ah! si has ido con la doncella es diferente.

Tor. Y por qué te has turbado al contestar?

Carol. Yo me he turbado!... No, papá.

Elena. Vaya, ha ido á comprar algo que la hacia falta para su traje; no se hable más del asunto.

Carol. Sí, tia, sí.

Rosa. Y por eso te pones colorada! Qué niñas éstas?

Tor. Bien, pase por esta. Y á ver cómo te presentas en el baile bien vestida. Qué traje te has hecho? Es bonito?

CAROL. Mi traje?

TOR. Cuidado que no quiero que hagas lo que en los bailes del ministro, que has llevado el mismo vestido dos ó tres veces seguidas.

CAROL. Dos veces no más.

TOR. Pues ni dos veces.

ROSA. Tiene razon papá, Carolina. Las niñas solteras deben llevar trajecitos sencillos, pero siempre nuevos, frescos...

ELENA. Yo la propuse que se lo hiciera para esta noché igual al mio... así, entrando juntas en el salon hubiéramos parecido dos hermanitas; pero se ha negado, por economia segun dice.

ROSA. Hola! haces economias?... Dichosa tú! Yo por más que me lo propongo...

TOR. Cómo es eso? Pues con motivo de los bailes no te he doblado tus alfileres desde principios del invierno?

ELENA. Sí?... Pues, niña, en qué lo gastas? Esta mañana no tenia un real.

CAROL. Sí, tia!

TOR. Qué me dices?

ROSA. Pero no tiembles así!

CAROL. Yo no tiemblo!—Es que... tenia un millon de cuentas atrasadas... me las han venido á cobrar y...

TOR. Pues ello, componte como puedas, pero esta noche te has de presentar en el baile con un traje nuevo... y bueno... cuidado! muy bueno... de mucho lujo!

ROSA. Sobra tiempo: yo me encargo de vestirla.

TOR. Acuérdate de que este baile lo doy para celebrar el casamiento de tu hermana, y para anunciar el tuyo.

CAROL. El mio!

ROSA. Y mañana correrá por todo Madrid la noticia oficial.

CAROL. Ah! papá!

TOR. Qué es eso?... lagrimitas ahora! Volvemos á las andadas?...

ELENA. Quien vuelve eres tú.

TOR. No te hablo á tí... Tu casamiento con el Baron es cosa decidida, ya lo sabes.

CAROL. Pero, papá, si le he dicho á usted que no quiero casarme.

ROSA. Qué simpleza!

ELENA. Lo estás oyendo?

TOR. Que calles te digo. Es una loca!... y tú... otra que tal.

ROSA. Empeñarse en ser soltera... como mi tia.

TOR. Todo esto nace de las ideas románticas que ha aprendido en esos libros y esos folletines que anda siempre releyendo. No se le caen de la mano en todo el dia! Así nunca habla ni atiende á lo que se dice. A que lleva encima alguna novela ó algun periódico? A ver! (*Sacándola del bolsillo un folleto.*)

CAROL. No es nada!

TOR. (*Leyendo.*) «De la Isla de Cuba, por madama Merlin»—Vea usted qué tonteria! En esto pasa el tiempo! Qué tiene ella que ver con la Isla de Cuba, ni con esa madama Merlin? En vez de tocar el piano, de aprender bien la polka... y no que siempre se escusa de bailar, porque dice que se la ha olvidado. Pues esta noche has de bailar la polka y el wals, y la... la *sotís*, estamos?

CAROL. Bien, papá: si usted me lo manda...

ROSA. Vamos, ya basta: no la riña usted más, que tambien usted se ha vuelto tan regañon!...

TOR. Y quién ha visto en el mundo una niña que se complazca en desbaratar por tema los planes más acertados, más razonables, más...

ELENA. Más desinteresados...

TOR. Hermana!

CRIADO. (*Que sale por la derecha.*) Señor, el escribano está en el despacho.

TOR. Bien: voy allá.

CRIADO. Esta carta, que ha traido el cartero. (*La toma Torralba.*) Y los periódicos que pedia la señorita Carolina.

TOR. Pues, periódicos! Qué tendrá ella que ver con los periódicos! (*Tomándolos.*)

ROSA. Toma! El folletin.

CRIADO. Tambien la modista está esperando á la señorita doña Elena.

ELENA. Ah!... sí!... voy, voy!...

ROSA. (*A su padre.*) Vaya usted, papá, vaya usted á ver al escribano. (*En voz baja.*) Yo la convenceré. (*Torralba se vá por la derecha.—Rosa acompaña á Elena hasta la puerta izquierda, y se quita el chal y el sombrero.*)

CAROL. (*Para sí.*) En vano se empeñan: tengo valor y firmeza para resistir. Su imájen está aqui impresa y ella me dá aliento para todo. Sí, Alberto, te espero, y he de ser tuya hasta el último instante de mi vida. Ah! los periódicos... (*Viendo los periódicos que dejó Torralba en la mesa.*) A ver si dicen algo...

ESCENA V.

CAROLINA.—ROSA.

ROSA. (*Viniendo al proscenio.*) Vaya, por fin, nos han dejado solas. Ven acá, niña, ven acá; dime qué tienes, ea; cuéntamelo á mí, que como mujer casada puedo darte un consejo.

CAROL. (*Mirando los periódicos.*) Pero, Rosa, si no tengo nada...

ROSA. Vamos!...

CAROL. Nada absolutamente... Créeme!

ROSA. Pues entonces qué ideas absurdas son esas que se te han metido en la cabeza? Por qué es esa repugnancia á casarte?—Qué cosa tan rara!... Yo no he sido nunca así!

CAROL. (*Que se ha sentado y tira sobre la mesa los periódicos.*) Nada traen hoy de la Habana.

ROSA. Nunca! Yo he mirado siempre el matrimonio bajo un aspecto sumamente agradable. Ser ama de casa... llevar brillantes... recibir... tener coche, y libertad completa: libertad de salir y entrar á todas horas, de ir al Prado, al teatro, á tertulias... de hacer cuanto se me antoje... Lo malo algunas veces es el marido... pero á todo se acostumbra una... y cuando se dá con uno amable y obsequioso como el mio... Fíate en mi experiencia, hermana: el matrimonio es una ex-

celente cosa, y haces una tontería en renunciar á él.

CAROL. (*Levantándose.*) Quién te ha dicho que yo renuncio?

ROSA. Ah! con que entonces lo que te asusta es mi sobrino el Baron? Pero dime, por qué? Acaso porque ya es talludito?... Qué simpleza! Más viejo es mi marido, y ya ves! Yo no concibo los maridos de otro modo... Y en fin, hija, vamos á cuentas: tú le has dado esperanzas.

CAROL. Yo?

ROSA. Sí, tú.

CAROL. Falso! Yo en mi vida le he dicho...

ROSA. No le habrás dicho. Pero hay ciertos modos de dar á entender... Quizá una mirada, una expresion... qué sé yo... Lo cierto es que él se cree correspondido.

CAROL. Pero, Rosa, si yo nunca...

ROSA. Vamos, vamos, algo será ello. No te apures por eso... ni te pongas colorada... No tiene nada de irregular, tratándose de un hombre que te solicita con autorizacion nuestra.

CAROL. Y quién os ha mandado autorizarle para semejante cosa? Me habeis puesto en un potro! Papá mortificándome para que me case con él! Y tú hermana, tú has sido la inventora de todo. De dónde te ocurrió la fatal idea? Por qué tienes ese empeño? Por qué no me dejas en paz?

ROSA. Pero, vamos, tú á quién quieres?

CAROL. Te he dicho yo que quiera á alguno?

ROSA. Pues bien, si no quieres á nadie, cásate con mi sobrino. Es un pobre diablo muy simple, muy obediente... yo te lo estoy formando... Y en fin, papá tiene empeño formal en ello, y ya sabes que cuando papá se empeña...

CAROL. Ya lo sé... (Pero yo tengo valor.)

ROSA. Y ahora tiene razon que le sobra. A las niñas es preciso hacerlas felices á pesar suyo. Mira, mira, ahí viene. (*Viendo al Baron que se asoma por la derecha.*)

CAROL. Cielos! (*Dá un paso para irse.*)

ROSA. (*Deteniéndola por la mano.*) Quieta!

ESCENA VI.

Dichas.—El Baron.—*El Baron trae el ramo.*

Baron. (*Desde la puerta.*) Hay permiso?
Rosa. Hola! sobrino!
Baron. Hola, tiita!
Rosa. Acércate... No tengas reparo: estoy yo delante.
Baron. Su presencia de usted no me permite que yo reproduzca y corrobore á Carolinita los deseos que me animan...
Rosa. Ah! eso es otra cosa: si estorbo...
Carol. (*Deteniéndola.*) No, no! quédate por Dios!
Baron. Quizá sea yo el que haya venido aquí á estorbar... Pero como el escribano se ha marchado... y el papá se ha puesto á leer una carta que ha llegado de la Habana.
Carol. De la Habana?
Baron. Sí, de Alberto...
Carol. (*Disimulando.*) Ah! de Alberto!...
Rosa. (*Un poco turbada.*) Cómo! de Alberto?... Por fin ha escrito!... (*Se retira un poco á un lado.*)
Carol. (Ah voy á saber de él! Voy á ver su letra!)
Baron. Yo que estaba impaciente por ver si dejaba este ramo... en manos de usted... que se ha dignado alentar mi timidez...
Carol. (*Sorprendida.*) Señor Baron!
Rosa. (*Al Baron.*) Hola! Bien!... me alegro!... (Sigue... sigue... con ternura!)
Baron. (Bien, tiita.) El contrato está estendido... la dote es buena... (*Rosa tóse.*) Digo... la dote es lo de menos... Y usted me ofreció bailar conmigo el primer vals. Puedo esperar?
Carol. Señor Baron, yo no puedo comprometerme...
Rosa. Para el primer vals? Lo tienes ya ofrecido? Será para el segundo. Mi sobrino no se pica por eso, no es verdad? Es hombre de mundo... y capaz de hacer feliz á cualquier mujer.
Baron. A cualquiera!
Carol. (Qué dirá la carta!)
Rosa. No me atiendes?

ESCENA VII.

Dichos.—EL CONDE.

CONDE. Por aquí están.
BARON. Oh! querido tio!
CONDE. Parece lance de comedia!
ROSA. Cuál! Qué ha ocurrido?
CONDE. Figúrate que tu padre estaba leyendo una carta que le escribia Alberto de la Habana, en la que le decia que dentro de un mes se embarcaria para España...
ROSA. CAROL. } Ah! (*Rosa turbada. Carolina gozosa.*)
CONDE. Y aun no habia acabado de leerla, cuando se presenta el criado anunciando á Alberto.
ROSA. CAROL. } Alberto! (*Carolina deja caer al suelo el ramo.*)
CONDE. Calla! Qué tiene Carolina?
BARON. Qué es eso, señorita?
CAROL. Nada!... no tengo nada.
CONDE. (Calla, calla!... Seria esta la causa por que se negó á casarse conmigo?)

ESCENA VIII.

Dichos.—TORRALBA.—ELENA.—ALBERTO.

ELENA. Entre usted... entre usted...
ROSA. CAROL. } El es!
TOR. Aquí le tenemos ya!
ALBERT. Rosa! Carolina!... (*Dando la mano á las dos.*) Sí! aquí me tienen ustedes! Soy el mismo... el mismo que era cuando me marché!... y ustedes... son lo mismo que eran entonces para mí?
CAROL. (Ah! sí!) (*Rosa baja los ojos.*)
ELENA. Lo mismo, Alberto!...
TOR. Quién lo duda!... Y qué tal? Ha sido bueno el

viaje? Y cómo has llegado al mismo tiempo que la carta?

ALBERT. Una avería que sufrió el buque correo, le hizo arribar á las Islas Terceras y allí se detuvo. Entretanto la fragata en que yo despues salí, hacia diez millas por hora... aquello era volar!... No parece sino que comprendia mi impaciencia. (*Mirando á Rosa.*) (Ah! cien veces más hermosa que ántes!)

CAROL. (Oh! Dios! me mira!)

CONDE. No hay duda... (Pobre Carolina!... apenas puede tenerse en pié!)

ALBERT. Oh! señores... disimulen ustedes... Creí hallar sola á la familia...

TOR. Y creiste bien. El Conde es de la familia...

ALBERT. Ah! es cierto!... ya recuerdo... señor Conde, felicito á usted por una eleccion que, francamente, no me coje de nuevas.

CONDE. Gracias, amigo mio.

ALBERT. Permítame usted que la felicite igualmente, amable Carolina... es decir, señora Condesa...

CAROL. (*Sorprendida y llenándosela los ojos de lágrimas.*) Yo!

CONDE. Cómo!

TOR. No, hombre!

ELENA. No es Carolina.

ALBERT. (*En tono festivo.*) Ah! ya, ya!... (*A Elena.*) Es usted...

ELENA. (*Con enfado.*) No, señor!

BARON. (*Mirándola y riendo.*) Ja, ja, ja!

CONDE. Alberto, le presento á usted á mi mujer. (*Tomando la mano á Rosa.*)

ALBERT. Rosa!

TOR. Sí, hombre, Rosa!

CONDE. (Hola!... qué significa esto!)

ALBERT. Rosa!!

ELENA. Qué tiene usted?

CAROL. (*Cayendo en la cuenta.*) Oh! Dios mio!... Ya comprendo!... Dios mio!...

ROSA. (Como se ha quedado!)

ALBERT. Nada... nada! Cuando yo me marché... no me figuraba... creí...

CONDE. (Sus miradas son á Rosa!)

BARON. (Cáspita!... cómo se ha turbado Carolina!)
TOR. Ya!... tú creiste que habia sido con la mayor... Sí, eso era lo que estaba en el órden, pero tambien á esa la vamos á casar... Mira: aquí te presento á su futuro.
BARON. *(Saludándola y recogiendo al mismo tiempo el ramo.)* Caballerito!
ALBERT. Celebro mucho! Y crea usted... señor Baron, que yo... (Su mujer!)
BARON. (Qué le ha dado!... Y á Carolina tambien!... cáspita!...)
TOR. Llegas á tiempo para asistir esta noche al baile que damos en celebridad del matrimonio de mis dos hijas... Mira, valsarás con mi hermana.
ALBERT. Oh! cuánto lo siento! no ha llegado todavia mi equipaje; y no es cosa de que me presente... Crea usted que estaba tan lejos de figurarme... Adios, señores...
BARON. *(Al Conde.)* (Tio, mire usted á Carolina!)
CONDE. *(Al Baron.)* (Cómo! Pues qué!... tú crees?)
BARON. *(Al Conde.)* (Estoy escamado.)
TOR. Siendo así, hasta mañana, Alberto.
ELENA. Ea, niñas; que es tarde, vamos á vestirnos.
BARON. (Señor de Torralba!... yo necesito hablar con usted.)
TOR. Hombre!... qué tono tan lúgubre!
CONDE. (Será la otra?)
ROSA. (Por qué habrá vuelto!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma sala del acto segundo, espléndidamente adornada é iluminada.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA.—ALBERTO.

CAROL. Era mi hermana! Dios mio! Todo se acabó para mí. (*Se deja caer en un sillon sollozando.*)

ALBERT. Casada! casada!... Y me dijo; Yo esperaré!... Casada! (*Bajando en desórden.*) No puede ser... yo estoy loco!... yo estoy soñando.

CAROL. (*Levantándose.*) Alberto!

ALBERT. Ah! Carolina!

CAROL. Perdone usted... ya me retiro... voy...

ALBERT. No, no, quédese usted!... No me abandone usted, Carolina! Estoy muerto... Dígame usted... esto es un chasco... una broma, no es verdad? Rosa no se ha casado? Es usted, bien me acuerdo, es usted á quien pidió el Conde... es usted la que se ha casado con él!...

CAROL. No, Alberto, no!... No soy yo... Yo no le amaba.

ALBERT. Con que es su hermana usted? Con que me ha olvidado! me ha engañado!

CAROL. Quién? Rosa?

ALBERT. Sí, me ha engañado!... Porque el dia de mi marcha me prometió que me esperaría.

CAROL. Qué dice usted?

ALBERT. Si, me lo prometió solemnemente y por escrito.

CAROL. (Gran Dios!)

ALBERT. Pero yo era pobre... y su padre de usted buscaba un yerno con caudal... con posicion social... Ya se acuerda usted de aquel consejo de familia que celebramos... entre los tres... en el cual hice yo á ustedes árbitras de mi suerte? El amor era quien me dictaba aquella resolucion: sépalo usted ahora, ya que entonces no lo conoció... Aquel dia fue á la quinta el Conde, pidió su mano de usted... Ah! cuánta fué mi alegría!...

CAROL. Alegría!... por ver que iban á sacrificarme!... Ah! pobre de mí!

ALBERT. (*Levantándose.*) Perdóneme usted, Carolina! Pero entonces solo me ocurrió que una vez casada usted, que era la hermana mayor, y asegurada mi suerte, ya no habia obstáculo alguno á mi felicidad.—Aquella fué la última noche que pasé al lado de Rosa: qué triste noche! Se acuerda usted?

CAROL. Si, sí, muy triste.

ALBERT. Allí juntos los tres! viendo correr sus lágrimas... que caian sobre mi corazon!...

CAROL. (Ah! no veia más qué las suyas!)

ALBERT. Me retiré á mi cuarto traspasado de dolor... y por la mañana, un momento ántes de marcharme, el deseo de verla por la última vez me hizo ir á colocarme al pié de la ventana del cuarto que ustedes habitaban... como lo hacia todos los dias para esperar allí que se levantase y moviese la cortina en señal de que me habia visto.

CAROL. Sí, sí!...

ALBERT. Aquel dia, apenas llegué vi asomar su mano y caer á mis piés un papel...

CAROL. (*Conteniéndose.*) Ah!... un papel!

ALBERT. Lo abrí lleno de gozo... lo abrí... no habia escritas en él más que dos palabras... «*Yo esperaré.*»

CAROL. Y usted creyó?...

ALBERT. Creí que Rosa me decia en ellas.—Marcha: haz

este sacrificio: mi mano será el premio!—Un instante despues me alejé de la quinta más sereno, más consolado! porque llevaba sobre mi corazon aquel papel precioso... aquella sagrada promesa: *Yo esperaré*! Luego allá en aquel pais abrasador, sometido á las órdenes de mi tio, recorriendo á caballo inmensas distancias, todo lo soportaba con placer, ansioso de hacer fortuna: fatigas, peligros, la fiebre, todo lo arrostré!... Era por ella!... cuánto más sufria más la amaba... Qué importaba que el mar nos separase! nuestras almas salvaban la distancia y me parecia que una voz adorada murmuraba á mi oidos *Yo esperaré*:

CAROL. Oh! Cuánto amor!... Dios mio!...

ALBERT. Una vez solamente... en uno de aquellos dias fatales en que la tristeza se sobrepone al valor, y nos abruma con todo su peso... ya iba á sucumbir! estenuado de fatiga... devorado por la fiebre con que recibe á sus huéspedes aquel clima mortífero, me hallé en medio de un desierto, tendido en el suelo, bajo el techo de una pobre choza, secos los lábios... sin pulsos ya... próximo á espirar!...

CAROL. (Ah! me lo dijo el corazon!)

ALBERT. De repente un negro del ingenio que mi tio habia enviado en busca mia, entra en la choza y me entrega una carta de mi viejo Anselmo! y dentro de ella veo un papel doblado que me hace extremecer! Dos palabras habia en el sobre: *Para Alberto*. Conocí la letra al instante... abrí el papel... No contenia más que una flor... un pensamiento que ella habia cogido... *Para Alberto*!

CAROL. (*Volviéndose poco á poco de espaldas.*) Oh! Dios!

ALBERT. No puedo esplicarle á usted la revolucion instantánea que sentí en todo mi ser á la vista de aquella letra... de aquella flor. La fiebre desapareció! Ya no me contemplé solo ni abandonado! ella estaba allí junto á mí... Su mano me salvó!... su amor me volvió á la vida!...

CAROL. (Gracias! Dios mio!)

ALBERT. Al dia siguiente me arrojé á los piés de mi tio,

y le confesé mi amor, mis esperanzas!... En los meses que llevaba de vivir á su lado, con mi conducta, mi laboriosidad y mi cariño habia logrado ganarme su voluntad... me amaba como á un hijo!.. Asi pues, vencido de mis ruegos, me abrazó con las lágrimas en los ojos, me dotó con un crecido capital, y echándome su bendicion me embarcó para España, á donde llegué desalado... A qué? á encontrar una infiel... una perjura!...

CAROL. Alberto!

ALBERT. Ah! Carolina! Usted tiene corazon! usted comprende mi desesperacion!... ese llanto me lo prueba!

CAROL. Llanto!... no... yo no lloro! Esto no es más sino que esa relacion que usted me ha hecho... esos recuerdos... esos peligros que usted ha corrido...

ALBERT. Pero si es imposible!... imposible!... A esa niña la han violentado... la han sacrificado... Debe de ser desgraciada... como yo que no puedo vivir sin ella!... Sí, si!... no hay duda!... Yo romperé esa cadena á que la han atado!... yo la arrancaré á ese tirano que la esclaviza!

CAROL. Cielos!... Oh!... calle usted!... calle usted!...

ALBERT. Qué me importa que lo oigan! Qué venga á disputármela... que me mate... pero al menos tendré el placer de que sepa...

CAROL. No, Alberto, no! Que no sepan nada! Usted es bueno, es generoso! No es usted capaz de turbar la paz de una familia... que es la de usted!... No, Alberto! Sépalo usted... mi hermana era libre!

ALBERT. Libre!

CAROL. Sí, sí!—Respete usted su estado, su tranquilidad... Márchese usted sin verla... sin decirle una palabra de esos papeles fatales! Oh! eso no se lo diga usted á ella nunca! no se lo diga usted á nadie!... En nombre de esa amistad, en nombre de ese mismo amor... olvídelo usted todo! Palabra cruel! horrible!... yo lo conozco!... Pero no importa! Quiere usted que se lo pida de rodillas?

ALBERT. (*Deteniéndola.*) Carolina !

CAROL. Váyase usted ! váyase usted.

ALBERT. Sí... dice usted bien. Me voy ! voy abrazar á mi pobre Anselmo... á la única persona que me ama en el mundo !

CAROL. (Ah !)

ALBERT. Y en seguida me voy de aquí... me voy de España !... me voy á morir lejos de ella !... Dígale usted que desde este instante, solo y desamparado en la tierra, mi único anhelo es la muerte. (*Con furor.*) No ! no ! Dígale usted que quiero vivir... solo para despreciarla y maldecirla !

CAROL. No, Alberto !... no !

ALBERT. Siento pasos ! Si fuera ella !...

CAROL. Alberto !

ALBERT. No, no he de verla ! Adios, Carolina ! mi amiga, (*Estrechando en sus manos las de Carolina y besándolas con efusion.*) mi hermana, mi consuelo. Adios ! Adios para siempre. (*Se desprende de ella y se vá apresurado.*)

CAROL. Para siempre !!!... Sí, si ! para siempre !... Este amor de que ahora me avergüenzo, es preciso que muera aquí, sin que ni él, ni nadie en el mundo lo sospeche.—Y morirá !—He tenido valor para luchar y esperar... lo tendré tambien para olvidar !

ESCENA II.

CAROLINA.—ELENA.

Elena sale por el foro, en traje de baile.

ELENA. Ah!... Carolina, estás aquí... Ya te has vestido!... Bien! estás bien!... He ido á buscarte á tu cuarto...

CAROL. Para qué, tia?

ELENA. Ay! niña.... Si supieras qué escena acabo de oir!

CAROL. Cómo!... qué escena?

ELENA. Figúrate que yo salia de mi cuarto de tocador, y para venir aquí más pronto tomé por la gale-

ria de cristales donde cae el despacho de tu padre. Pasaba yo naturalmente por delante de la puerta, cuando oigo dentro voces como de disputa. A mí no me gusta ponerme á escuchar... pero me paré naturalmente...

Carol. Y qué oyó usted?

Elena. Como la puerta estaba medio entornada no más... oí naturalmente lo que hablaban. Ay! hija! el Baron!... el Baron es un tigre!... qué suspicaz! qué celoso!—Una cualidad buena tiene... esa no se le puede negar!... Es reservado!... sí, sí!... es hombre de delicadeza... incapaz de comprometer á una mujer! Oh! de esto tengo pruebas! Pero por lo demas, es como todos. Está furioso contigo!...

Carol. Conmigo!

Elena. Daba unos gritos con esa voz ronquilla que tiene... diciendo que tú le habias engañado!

Carol. Yo!

Elena. Que te habia estado observando, y que habia conocido en tu cara que amabas á Alberto!

Carol. Cielos!

Elena. Mi hermano que oye esto!... Allí fué Troya!... empezó á echar por aquella boca!... Y el fátuo del Conde que en vez de calmarlo lo irritaba más, diciendo con su tono aristocrático, que es insoportable: «Oh! sí, señor! es preciso que este asunto se aclare: ya es empeño mio: hay que darle una leccion á ese mozo.»

Carol. Eso ha dicho?...

Elena. Y el espárrago del Baron apretaba más, gritando en falsete: «Le he de matar!»—

Carol. A Alberto!

Elena. Pero díme: él te quiere?

Carol. No, tia, no!

Elena. Y tú á él?

Carol. Yo!... tampoco!... Yo no lo quiero... yo no quiero á nadie!

Elena. A nadie?... ni al Baron? Me alegro! Qué bien haces! Así, así!... Déjale que se quede soltero... como yo! Pero, hija!.. se te caen las lágrimas!..

Carol. Es verdad!... qué quiere usted!... Desde esta tarde estoy padeciendo tanto!...

ELENA. Por el dichoso casamiento, no es cierto?... Pobre víctima!... Oh! qué hombres!... qué hombres!...

ESCENA III.

Dichas.—TORRALBA.—EL CONDE.—EL BARON.

CONDE. (*Saliendo.*) Yo exijo que ella declare...
TOR. Yo le respondo á usted...
ELENA. Aquí vienen.
CAROL. (*Yéndose.*) Oh! nunca!...
BARON. Sepamos si ese pisaverde...
TOR. Señorita!.. ¡quédese usted! Vamos: yo lo mando!
BARON. El interrogatorio me toca á mí, como parte interesada.—Señorita: yo tenia derecho á contar con su cariño de usted, fundado en ciertos testimonios que usted me ha dado...
CAROL. Yo!
BARON. Pero soy caballero: le devuelvo á usted su palabra; y si es cierto que un rival temerario...
CAROL. Un rival!
BARON. Ha merecido su amor de usted con preferencia á mi... lo cual seria bien raro!... pero en fin, como de esas cosas se ven!...
ELENA. (*A Carolina.*) (Firme!)
TOR. Vamos, habla: será verdad que Alberto...
CAROL. Yo no entiendo lo que usted quiere decir, papá. Mi mano es del Baron: usted se la ha ofrecido; y yo consiento... con gusto... en un matrimonio... que debe asegurar mi felicidad. (*Saluda y se vá.*)
TOR. Qué tal!
BARON. Oh! señorita!...
TOR. Me parece que bien claro ha hablado!
ELENA. (Infeliz!)
CONDE. Sí, muy claro! Queda probado que no es ella. (*Sentándose.*) Pero entonces...
TOR. (*Al Baron.*) Está usted satisfecho?
BARON. Oh! completamente. No era posible que una niña con ese candor... Ya decia yo!.. Señor, con los datos que tengo... con la prueba fehaciente

que me ha dado por escrito de su pasion hácia mi...

TOR. De veras? por escrito?...

ELENA. (Cómo! qué dice este hombre?...)

TOR. Y cuál, cuál? Cuénteme usted...

BARON. Oh! no, no!... permita usted... son misterios del corazon... y yo soy discreto!... Despues de casados, yo le enseñaré á usted...

CONDE. (Estoy en áscuas!)

ESCENA IV.

Dichos.—ROSA, *de baile.*

ROSA. (*Al salir.*) Prepárame guantes, por si acaso.

CONDE. Mi muger!

ROSA. Hola! están ustedes aquí!... me alegro! A ver... Consejo de familia: á votos: qué opinan ustedes de mi trage?

TOR. Magnífico!

BARON. Delicioso!

ROSA. Gracias, querido sobrino.—Y el aderezo?—Tia, qué dice usted?

ELENA. A mí no me gustan los adornos de brillantes.

ROSA. Eso es porque usted, como soltera, no se los puede poner. A mí me gustan mucho!... vaya! pues si yo me he casado solo por llevar brillantes! (*Reparando en su marido.*) Ah!... (*Yendo á él.*) Y usted, señor marido, no me dice nada?—Jesús! qué cara tan séria! qué ha ocurrido aquí?

TOR. Nada, hija, nada. Cierta esplicacion que acabamos de tener...

ROSA. Una esplicacion!...

CONDE. Sí, señora, apropósito de ese jóven... de Alberto...

ROSA. De Alberto!...

CONDE. Cuya turbacion al hallarnos aquí... nos ha chocado á todos.

ROSA. Sí? (*A Elena.*) Y el cuerpo está bien por detrás?

BARON. Figúrese usted, tiita, que yo habia dado en la puerilidad de tener celos!

ROSA. Tú!

TOR. Se le metió en la cabeza que el muchacho quería á Carolina!

ROSA. A Carolina?... No! No!

CONDE. Hola! tú sabias que no!

ROSA. Yo!... yo no sabia nada: pero... no creo...

CONDE. Eso nos ha confesado ella misma. Pero entonces resulta que la turbacion de ese jóven no tiene esplicacion satisfactoria... Eh? qué dices tú?

ROSA. Yo?... Qué quieres que diga? Cómo he de saber!... Su turbacion consistirá... (*Soltando la risa.*) Ja, ja, ja!.. Y por eso tienes ese gesto! Qué tontería!... Alberto estaba turbado... conmovido... y qué? Vuelve aquí despues de una larga ausencia... se ve entre nosotros... como quien dice, entre su familia... entre las personas con quienes se ha criado; y aquel cariño... aquella ternura..... aquellas ilusiones de la primera edad... que una creia muertas... suele á veces suceder... que... sin que una pueda remediarlo...—En fin, qué tiene eso de particular?... Es la cosa más natural del mundo... y solo un amante (*Por el Baron.*) ó un Senador puede ponerse á cavilar sobre ello.

BARON. Sí, sí: soy un tonto!

TOR. Positivamente!...

BARON. Eh?

TOR. Digo, no!... Perdone usted...

CONDE. Sea lo que fuere, opino que ese mocito haria bien en volverse á la Habana... y que mi suegro hará mejor aun en poner fin á sus visitas... que yo por mi parte estoy resuelto á no consentir...

ROSA. Bien!... Haz lo que quieras!

BARON. Sí, sí! Dice bien mi tio.

TOR. Corriente.

ELENA. Cómo es eso!... permitan ustedes...

CONDE. No ha de volver á poner los pies en esta casa.

ELENA. Esa es una ridiculez! No sé que haya razon hasta ahora para impedir que venga aquí Alberto!

CONDE. Ah! si viene por usted, tia, ya es otra cosa!

ELENA. Usted me insulta, señor Conde!...

BARON. (*Riendo.*) Ja, ja!...

ELENA. Y usted tambien, señor Baron!...

Criado. (*Saliendo.*) El señor Ministro entra en el salon.
Conde. El Ministro ahora!...
Tor. El Ministro!... vamos, Conde, vamos á hacerle los honores.
Conde. Sobrino, escucha. (*Se van todos menos Rosa.*)

ESCENA V.

Rosa.

Qué mosca lleva!—Ha notado la turbacion de Alberto... y la mia!... porque la verdad es que yo al verle me puse muy colorada. No lo pude remediar... me dió un vuelco el corazon, y toda la sangre se me subió á la cabeza! Y luego empecé á sentir un frio... un frio!... En mi vida me ha pasado cosa igual! Como que todavía estoy así... qué sé yo!... con una especie de...—Pues, y por hablar de esa tontería no han hecho caso de mi trage!... Me parece que bien vale la pena... Oh! es precioso!... elegantísimo!...—Vaya con el pobre Alberto!... Se quedó hecho una estátua delante de mí! Yo creí, al ver su semblante demudado, que iba á caerse allí mismo!—Pero vamos á ver: quién tiene la culpa sino él?—Marcharse así... de repente!... estarse más de un año por allá!...—En un año... el mundo da mil vueltas... y cuando una recuerda... se encuentra casada... sin saber cómo!—Casada!...—Pero por qué se fué? por qué se fué?—No ha de estar una esperando toda la vida. Yo le esperé... un poco de tiempo: él, ni volvia... ni escribia... ni...—Y luego, el compromiso en que nos vimos con el Conde, por la negativa de mi hermana. Si no salgo yo á componerlo... Me parece que estas son razones!—Ay! Dios mio!—Si habrá ya mucha gente en el salon!... No quiero presentarme hasta que esté lleno.—Preguntaré.—Vea usted!... y despues de un año largo de ausencia conservarme todavía el mismo cariño!... Es cosa que me ha hecho una impresion!—Sí, sí!... se conoce que su amor era ver-

dadero... era profundo!...—Vaya! qué tontería!... pues no estoy ahora...—Ja, ja, ja!... Vamos, vamos al salon... á bailar... á reir... á lucir el trage!...

ESCENA VI.

Rosa.—Alberto.

Albert. Está sola!

Rosa. Alberto!

Albert. Rosa!... Perdone usted, Condesa, perdone usted que vuelva á esta casa, en que habia jurado no poner más los piés...

Rosa. Y por qué, Alberto? Así prescinde uno de los amigos de su infancia?

Albert. Amigos! creí que los habia perdido, y me propuse huir de usted y olvidarla; pero lo que despues he sabido me ha dado un rayo de consuelo y de felicidad.

Rosa. Qué dice usted?

Albert. No tema usted que la acuse: ya sé que es usted muy desgraciada!

Rosa. Yo! Alberto!

Albert. (*A media voz.*) Sí!... tranquilícese usted... nadie sabrá el secreto!

Rosa. Pero, quién le ha dicho á usted?...

Albert. Quién ha de ser!... el pobre viejo... Anselmo!... que falto de recursos por la mala fé del corresponsal á quien dejé encargada su existencia, hubiera muerto de miseria á no ser por los socorros que le ha llevado usted secretamente en nombre mio.

Rosa. Cómo!... aquel viejo?...

Albert. Oh! no lo niegue usted! todo lo sé! Desde aquí fuí á verle... le hallé postrado en cama... y me ha contado que ha ido á visitarle muchas mañanas una jóven caritativa que le ha estado manteniendo de cuanto necesitaba... que se sentaba á su cabecera á hablarle de mí, y que siempre acababan por echarse los dos á llorar! Que le repetia á cada paso que su corazon se conserva-

ria eternamente fiel á mi amor; que la voluntad tiránica de su familia podia obligarla á sacrificarse y á morir, pero á olvidarme, jamás!

ROSA. Alberto!... yo no le entiendo á usted!...

ALBERT. Sí, Rosa, usted me entiende!... usted entiende que esa relacion ha debido borrar de mi corazon el ódio injusto que habia nacido en él. Aquel ángel que me amaba en otro tiempo...ah! déjeme usted creer que he vuelto á encontrarlo!

ROSA. Vamos claros, Alberto: de todo cuanto usted me dice, solo una cosa entiendo; y es que yo le he hecho á usted desgraciado... sin querer... sin pensarlo... Le juro á usted que no he tenido intencion de... Yo era entonces una niña... no sabia... no tenia idea... El dia que usted se marchó... yo creí que todo se había acabado.

ALBERT. Acabado!... Y este papel?...

ROSA. Qué?

ALBERT. Este papel... que á la hora de marcharme vi caer á mis piés... desde aquel balcon, bajo el cual fuí yo llorando á darle á usted el último adios!

ROSA. Un papel!

ALBERT. Y esta carta... y esta flor que llegó á mis manos cuando estaba yo moribundo en las llanuras abrasadas de América, á volverme la esperanza y la vida!

ROSA. Una flor!... una carta!...

ALBERT. (*Mostrándola los dos papeles.*) Lo ha olvidado usted?... Pues yo no!... yo los llevo siempre aquí... sobre mi corazon!

ROSA. (*Abriendo un papel.*) Pero qué es esto?... (*Leyendo.*) « Yo esperaré! »—Dios mio!... (*Con un grito ahogado.*) Ah! desgraciada! (*Ocultando el rostro entre las manos.*)

ALBERT. (*Cae en un sillon.*) Prendas preciosas de un amor puro y verdadero!... Se atreverá usted á negarlas?

ROSA. (*Con voz ahogada.*) Sí!... Alberto, sí!

ALBERT. Y sus visitas de usted al viejo Anselmo... sus lágrimas... sus promesas... las niega usted tambien?

ROSA. (*Ocultando sus lágrimas.*) Todo!... todo!...

ALBERT. Rosa !... Con que todo esto ha sido un sueño?

ROSA. No!—Ese ídolo que usted se ha creado á imágen mia... á quien usted ha prestado sus propios sentimientos... su constancia... su ternura... todas las virtudes que yo no he tenido!... ese ser que era á los ojos de usted una criatura celestial...

ALBERT. (*Echándose á sus piés.*) Un ángel sí !... y ese ángel es usted!...

ROSA. (*Levantándose.*) No, Alberto !... no soy yo!—Yo no soy más que una pobre mujer... á quien debe usted olvidar.—La que usted ama es otra !...

ALBERT. Otra !...

ESCENA VII.

Dichos.—EL BARON.

BARON. (*Deteniéndose á la puerta.*) Cáscaras!...

ROSA. El Baron!...

ALBERT. (*Levantándose.*) Y este hombre!...

BARON. Este hombre, caballerito... es el sobrino de su tio!... Y ya veo que ha tenido fundamento para encargarme, al ir al salon...

ROSA. Que me vigiles, tal vez?

BARON. Sí!... digo, no!... á usted no!... pero...

ALBERT. A mí, sin duda!

BARON. Y suponiendo que eso sea, me parece que no le falta razon; porque lo cierto es que yo le he hallado á usted...

ALBERT. A los piés de la Condesa!... Pues sí señor... es verdad!... y estoy pronto á darle á usted satisfaccion...

ROSA. Alberto!...

BARON. Señor mio!... yo no sufro...

ROSA. Calla tú!

BARON. Permita usted!... El tio me ha encargado...

ROSA. Yo tambien soy tu tia, y te mando que calles!

ALBERT. Deje usted. A mí me toca responder...

ROSA. (*Bajo á Alberto.*) Silencio!... vaya usted.. y espéreme allá adentro.

BARON. (Se hablan en secreto!) Debo advertir á ese caballerito que si mi tio llegase á saber semejante escándalo...

ROSA. Señor sobrino!... me falta usted al respeto?...— Alberto! por Dios!...

ALBERT. Solo á usted obedezco, señora!—En cuanto á usted, señor mio, que viene aquí á desempeñar un oficio tan decente...

BARON. Cómo es eso!...

ALBERT. Estoy á sus órdenes. (*Se vá Alberto.*)

ROSA. Alberto!...

BARON. Corriente!... Ahora verá usted...

ROSA. Quieto aquí!... yo lo mando!

BARON. Pero tiita!...

ROSA. Pero sobrinito!... Es usted un nécio, un entremetido!... Venir así á estorbar en el momento más interesante!...

BARON. Calla! me gusta!

ROSA. (Oh! pobre hermana mia!... Ea! es preciso!— Valor.) (*Se enjuga las lágrimas.*)

BARON. Callaré, callaré!... Soy su sobrino de usted y debo obedecerla; pero mi tio...

ROSA. Tu tio!... Ese es el que merecia!... (*Se vá.*)

ESCENA VIII.

EL BARON.

Hola!... me echa plantas!... me hace burla!... Pues lo veremos!—Mi tio sabrá todo lo que pasa! sí señor!... Es la cabeza de la familia... y yo no debo consentir en la cabeza... la menor avería!—Deseando estoy ya casarme... pillar la dote... y pif!... largarme con mi mujer á Galicia!... Mi tio que se quede aquí y vea para qué ha nacido; que lo que es yo... no quiero estar expuesto... En este Madrid, detrás de cada esquina!...

ESCENA IX.

CAROLINA.—EL BARON.

CAROL. (*Saliendo.*) Ah!...

BARON. (*Yendo á ella.*) Ay! Carolina, Carolina!... Venga usted!... Ese Alberto!... ese mocito!...

CAROL. Qué?

BARON. Usted debia ignorar estos escándalos!... usted que es tan modesta... tan virtuosa!...

CAROL. Qué hay de Alberto? hable usted!...

BARON. Le he sorprendido aquí, á los piés de mi tia!

CAROL. Cómo!... Ha vuelto?...

BARON. Sí, señora!... y con qué intenciones!... vea usted!... Oh! estoy furioso!... y sea mi tio, sea yo... lo vamos á matar!

CAROL. (*Sobresaltada.*) No! Baron!... No!...

BARON. Sí, señora!

CAROL. No, amigo mio!...

BARON. Sí, señora!...

CAROL. Baron! si desea usted obtener mi mano, obedézcame usted y calle!

BARON. Su mano de usted!... Oh! esa mano... Calla!... (*Escuchando.*) Quién habla por ahí?... En ese cuarto donde acaba de entrar mi tia... Quién estará con ella?... Si será!...

CAROL. Quién?

BARON. El!...

CAROL. El!...

BARON. Aguarde usted!... voy á ver... (*Se acerca de puntillas á escuchar.*)

CAROL. Cómo? va usted á escuchar!...

BARON. Bá!... entre parientes... (*Se pone á escuchar: ábrese la puerta y aparece Rosa.*) Ah!... Buenas noches, tiita!—(Creo que me ha visto!)

ESCENA X.

Dichos.—Rosa.

Rosa. (*Conmovida.*) Qué hace usted aquí?

Baron. Perdone usted, tiita... era que... creimos oir por este lado...

Rosa. *(Cerrando la puerta.)* Le estaba dando una esplicacion á mi marido...

Baron. Ah!

Rosa. Y es un vicio muy feo ponerse á escuchar á las puertas.

Baron. Permita usted, tiita...

Rosa. Le permito á usted que se marche, y basta!

Baron. Me marcharé... porque me acomoda... y porque voy á dar el brazo á Carolina hasta el salon...

Rosa. Carolina se queda aquí.

Baron. Ya!... (Qué diablo de tiranuelo se ha echado á cuestas mi tio!) (*Se va.*)

ESCENA XI.

Rosa.—Carolina.

Rosa. (*Con cariño.*) Carolina, tú me quieres mal!

Carol. (*Con frialdad.*) Yo, hermana!... por qué?

Rosa. Sí, me quieres mal... porque el Baron te acaba de decir que ha sorprendido á Alberto á mis pies... y tú amas á Alberto.

Carol. Gran Dios!... No es verdad!... No es verdad!...

Rosa. Sí es verdad! tú le amas... y eres desgraciada!

Carol. Pero quién te ha dicho?...

Rosa. Quién?... No fuí yo la que hace tiempo escribió estas palabras: «*Yo esperaré!*»

Carol. (*Echándose en sus brazos.*) Ah! hermana mia!

Rosa. Vamos, valor!... que bien lo necesitas... (Y yo tambien!)

Carol. (*Volviéndose hácia la puerta y notando que se mueve.*) Ah!... mira... aquella puerta se ha movido... allí hay alguien!

ROSA. Sí... es mi marido... que me acusa... que está celoso de Alberto.

CAROL. Tu marido!

ROSA. Sabe ya el secreto de esos papeles... cree que yo los he escrito... y anda espiando mis pasos...

CAROL. (*Poniéndose delante de Rosa.*) Esos papeles... No !... no eres tú quien los ha escrito.—Ah ! tu marido puede contarlo si quiere... puede perderme... pero no importa... primero eres tú: yo se lo diré todo!—Sí ! la culpada soy yo !... yo que amaba á Alberto con toda mi alma!

ROSA. Y él te amará! Te amará; porque tú posees un corazon que ha sabido comprender el suyo!... tú sola le ofreciste esperarle y le esperaste!

CAROL. Calla!... calla, por Dios!... Guarda mi secreto!... (*Dirigiéndose á la puerta.*) Y tú, hermano mio...

ESCENA ÚLTIMA.

Dichas.—ALBERTO *por la puerta.*—EL CONDE.—EL BARON.—TORRALBA. —ELENA, *que salen por el foro.*

ALBERT. Carolina!...

CAROL. Ah! hermana!... (*Echándose en los brazos de Rosa.*) qué traicion!

CONDE. No me entretenga usted: yo he de averiguar...

TOR.
ELENA. } Alberto aquí!...

(*Durante el diálogo que sigue, Alberto contempla á Carolina conmovido, sin atender á lo que se habla.*)

CONDE. Usted aquí, caballero!

BARON. Es mucha temeridad!... despues de lo que yo he visto!

CONDE. Qué has visto?

ROSA. Nada de particular!... Que por obedecer á su tio... porque el Baron es un sobrino muy obediente!... se asomó antes aquí, y sorprendió á Alberto arrodillado á mis piés.

TOR. Rosa!...

ELENA. Sobrina!...

CONDE. Señora!...

BARON. Eh! No soy yo quien lo ha dicho!

ROSA. Y hay más!—No contento con eso, se puso á mirar por las puertas... siempre por obediencia!... y me vió allí en conferencia con Alberto.

BARON. Era con él?... Ya lo dige yo!

CONDE. Señora!...

ELENA. Alberto! es esto verdad?

TOR. Tendrá valor de confesar?...

ROSA. Y por qué no ha de confesar que ama á mi hermana?...

TODOS. A Carolina!

BARON. No, señor!... poco á poco!...

ROSA. Y que me pedia de rodillas, como á su amiga, como á su hermana... que obtuviese yo el consentimiento de ella y de ustedes?

TODOS. A Carolina!...

BARON. Eh! Señores!... poco á poco!... que yo...

ROSA. (*Imponiéndole silencio.*) Chit!

ALBERT. (*Trémulo y conmovido.*) Sí, Carolina!... Permítame usted hacerme digno á fuerza de ternura de las dulces palabras que me escribió usted el dia de mi marcha! (*Alargándole el papel.*) de estas palabras que me dieron aliento y me han vuelto á mi pátria!... « Yo esperaré! »

BARON. (*Acercándose.*) Oiga usted!... poco á poco!... esta no es la letra de Carolina!

CAROL. (*Alargando con amor la mano á Alberto que la besa.* (Oh! sí es.)

TOR. Pero es que yo he dado mi palabra...

CONDE. Deje usted...

BARON. Digo y repito, señores, que esta no es la letra de Carolina!... Y cuando yo lo digo!... Qué diablo!... la conozco bien!... Como que yo tambien tengo aquí... Y por eso me he aventurado á pretender su mano.

TODOS. Usted!...

BARON. (Qué furor de escribir papeles!...)

TOR. Hable usted!...

BARON. (*Sacando un papel.*) Sí señor! Para que nadie dude de mi veracidad... vean ustedes: (*Lée.*) «Valor! Declárese usted; que será bien recibido!»

ROSA. (*Que se ha acercado.*) Esta es la letra de mi tia! (*Elena se ha sentado junto á la mesa, y se aba-*

nica haciéndose la distraida, y muy sofocada.)

TODOS. Cómo!...

BARON. (Qué diablura!... En fin! tambien es rica!)

ROSA. Ea, vamos al salon!

BARON. (*Que se ha acercado á Elena y la ofrece el brazo.*) Será usted tan amable que me conceda el primer vals?

ELENA. Con mucho gusto! (*Le dá el brazo, y ambos se ván apresurados.*)

TOR. El Baron es de buen componer!

ROSA. Esto quiere decir dos matrimonios en vez de uno! Seberbio! Soy una gran casamentera!— Ea, démonos prisa, que hay que obsequiar á estos novios los dias que permanezcan en Madrid.

TOR. Cómo es eso?

ROSA. Me ha dicho Alberto que en cuanto se despose se vuelve á la Habana con su mujer.—No es cierto?

TOR. Es posible!...

ALBERT. Sí señor... Dice bien Rosa... se lo ofrecí á mi tio...

ROSA. Y solo con esa condicion le nombra su heredero. No es cierto?

TOR. Y será por mucho tiempo?...

ALBERT. Oh! no tal! volveremos muy pronto!

CAROL. (*A Alberto.*) (Muy pronto!)

ALBERT. (*A Carolina, estrechando sus manos.*) Te juro que muy en breve serás tú misma quien me diga: « Alberto, nada temo ya... volvámonos á España! »

ROSA. Dios mio! que la haga feliz!... y esa será mi recompensa!

FIN.

DRAMAS Y COMEDIAS.

DE UN ACTO.

Amores volcánicos.
Cada oveja con su pareja. (Primera parte.)
Cada oveja con su pareja. (Segunda parte).
El Colmado del Puerto.
La esperanza de dos mundos, loa.
Plaza sitiada....
Soleá la Trianera.
Suegra, marido y rival.
Un hablador sempiterno.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

¡A escape!
Cada oveja con su pareja.
Deudas pagadas.
El Angel custodio.
El artista vale más.
El ausente en el lugar.
El Médico de la aldea.
El paraiso perdido.
El ramo de oliva.
El sitio de Zaragoza.
El tejado de vidrio.
Hija y madre.
La aurora de la fortuna.
La bola de nieve.
La rica hembra.
La rosa y el pensamiento.
Locura de amor.
Lo de arriba abajo, ó la Bolsa y el Rastro.
Las Biografías.
Los hijos del pueblo.
Las Colegialas son colegiales.
¿Para el corazon no hay ley?
¡Por ella!
Virginia.



COMISIONADOS DE ESTA GALERIA.

Adra, F. A. Robles.—*Albacete*, R. S. Perez.—*Alcalá de Henares*, E. Altés.—*Alcoy*, Paya é hijos.—*Algeciras*, R. Muro.—*Alicante* , A. Lloret.—*Almagro*, A. Vicente Perez.—*Almeria* , L. Iribarne.—*Andújar* , D. Caracuel.—*Antequera*, J. M. Casaus.—*Aranda* , M. M. Fontenebro.—*Aranjuez*, J. M. de Prado.—*Avila*, N. P. Rocandio.—*Avilés*, V. Sanchez del Rio.—*Badajoz* , F. Coronado. — *Baena*, J. Fernandez. — *Baeza*, C. Treviño.—*Bailen*, J. M. Sellés.—*Barbastro*, G. Corrales.—*Barcelona*, A. Saavedra.—*Baza*, J. Calderon.—*Béjar*, M. Illan.—*Benavente*, P. Fidalgo Blanco.—*Berja*, L. Iribarne.—*Bilbao*, F. Fernandez.—*Borja*, M. Marco y Cadena.—*Búrgos*, T. Arnaiz.—*Cabra*, J. B. Cabeza.—*Cáceres*, J. Valiente.—*Cádiz*, J. M. Sellés.—*Calatayud*, F. Molina.—*Caravaca*, P Muñoz.— *Carmona*, J R. Dominguez.—*Cartagena*, J. Pedreño, hermanos.—*Castellon*, R. Matutano.—*Ceuta*, J. Molina é Ibañez.—*Chiclana*, M. Alvarez Sibello.—*Ciudad-Real*, Viuda de Gallego y sobrinos.—*Córdoba*, R. Arroyo.—*Coruña*, J. Lago.—*Cuenca* , P. Mariana.—*Daimiel* , R. G. Camarena.—*Ecija*, J. Giuli.—*Estella*, Silverio Josué.—*Estepa* , R. Pereira Gonzalez.—*Ferrol* , J. Lago.—*Figueras* , J. Bosch.—*Gerona*, F. Dorca.—*Gijon*, Crespo y Cruz.—*Granada*, J. M. Fuensalida.—*Guadalajara*, F. Sanchez.—*Habana*, Charlain y Fernandez.—*Haro*, P. Quintana.—*Hellin*, J. M. Paredes.—*Huelva*, J. de Osorno é hijo.—*Huesca*, M. Guillen.—*Jaen*, N. Hidalgo.—*Játiva* , J. Perez.—*Jerez*, F. Alvarez y Aranda.—*Jodar* , I. Coma y Prados.—*Leon* , M. Gonzalez Redondo.—*Lérida*. A. Lopez Morlius.—*Linares* , R. Carrasco.—*Logroño*, P. Brieba.—*Lorca*, A. Gomez.—*Lucena*, J. B. Cabeza.—*Lugo*, Viuda de Pujol.—*Llerena*, B. Guerrero.—*Mahon* , P. Vinent.—*Málaga*, J. G. Taboadela.—*Manresa*, P. Comellas.— *Manzanares*, R. Peñuelas.—*Martos*, R. Sibanto. —*Mataró* , J. Abadal.—*Medina del Campo* , C. Cruz.—*Medina Sidonia* , T. Ruiz Benitez.—*Mérida*, M. de Bartolomé Diaz.—*Monovar*, J. García Anton.—*Mula*, M. de Toro.—*Montilla*, J. Rodriguez Perez.—*Murcia*, A. Guerra —*Ocaña*, V. Calvillo.—*Orense*. J. Ramon Perez.—*Orihuela*, E. Aguiar.—*Osuna*, V Montero.—*Oviedo*, B. Longoria.—*Palencia*, G. Camazon. —*Palma de Mallorca*, E. Pascual y J. Gelabert.—*Pamplona*, J. Rios Barrena.—*Peñaranda*, N. Hernandez Pizarro.—*Pontevedra* , M. Verea y Vila.—*Puerto de Santa María*, J. Valderrama.—*Puerto Real* , V. Solves y Gomez.— *Puerto-Rico*, J. Mestre. en *Mayagüez*.—*Requena*, R. Ripollés.—*Reus* , J. B. Vidal.—*Rioseco*, M. Prádanos.—*Ripoll*, L. García.—*Ribadeo*, F, Fernandez de Torres.—*Ronda* , R. Gutierrez.—*Salamanca*, T. Oliva.—*Sallent*, D. Malagarriga.—*San Fernando* , J. Tellez de Meneses.—*Sanlúcar*, J. M. Villar.—*San Sebastian*, I. R. Baroja.—*San Lorenzo* S. Herrero.—*Santa Cruz de Tenerife* , P. M. Ramirez.—*Santander*, P. Basañez.—*Santiago*. B. Escribano.—*Segovia*, J. Sancho Pulido.—*Sevilla*, F. Alvarez.—*Soria*, F. Perez Rioja.—*Talavera* , A. Sanchez de Castro.—*Tarazona*, P. Veraton.—*Tarifa* , J. Mariano Piñero.— *Tarragona*, J. Pujol.—*Tarrasa*, F. Ubach,—*Teruel*, V. Castillo.—*Toledo*, J. Hernandez.—*Tolosa*, J. M. de Llama.—*Toro*, A. Rodriguez Tejedor.—*Torrevieja*, A. Vela.—*Trujillo* , S. Bravo.—*Tudela*, M. Izalzu.—*Úbeda*, C. Treviño.—*Valencia*, F. de P. Navarro.—*Valladolid*, A. Gutierrez.—*Vigo*, A. Martinez y Forlany.—*Villafranca de los Barros*, J. Guerrero y Romero.—*Villanneva y Geltru*, Creus y Bertran.—*Vitoria*, S. Hidalgo.—*Zafra*, A. Oquet.—*Zamora*, M. Conde.—*Zaragoza*, M. Diaz.

La Administracion se halla establecida en la calle de las Huertas, número 72, *piso* 2.°